

Vacaciones...
¡menudo desmadre!

BILOGÍA "LOCURA"



SARAH RUSELL

Vacaciones...
¡menudo desmadre!

Título: Vacaciones... ¡menudo desmadre!

Autor: Sarah Rusell

Primera edición: Noviembre, 2020.

Imágenes: Adobe Stock

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo 1: Rebeca](#)

[Capítulo 2: Samira](#)

[Capítulo 3: Samira](#)

[Capítulo 4: Samira](#)

[Capítulo 5: Marta](#)

[Capítulo 6: Samira](#)

[Capítulo 7: Samira](#)

[Capítulo 8: Samira](#)

[Capítulo 9: Samira](#)

[Capítulo 10: Rebeca](#)

[Capítulo 11: Rebeca](#)

[Capítulo 12: Samira](#)

[Capítulo 13: Marta](#)

[Capítulo 14: Rebeca](#)

[Capítulo 15: Samira](#)

[Capítulo 16: Samira](#)

[Capítulo 17: Samira](#)

[Epílogo: Samira](#)

Prólogo



Siete, esos eran los meses transcurridos desde aquel viaje de fin de semana en el que coincidieron nuestros protagonistas. Siete personas que, para sorpresa de todos, no eran tan diferentes como pensaban.

Lo que empezó como un fin de semana en el que descansarían, olvidándose de sus rutinas, acabó en dos semanas aislados en aquel precioso paisaje de los Pirineos de Huesca, donde hubo sorpresas para todos, primeras veces, confesiones y mil y una emociones que cada uno conservó en su mente durante este tiempo.

Abel, ante la sorpresa de todos, acabó confesando estar enamorado de Miguel, el hijo de Manuel y Pepa, los dueños del hotel, con el que mantenía su relación en el más absoluto secreto, o eso creía la pareja.

En estos meses el archi conocido *influencer* visitó a menudo a su chico, con quien pasaba los fines de semana junto a sus suegros que le trataban como a un hijo. No es que le quisieran, es que adoraban a Abel y estaban encantados de que fuera él, quien ocupaba el corazón de su único hijo.

Marta y Samira, que limaron asperezas durante el final de aquellos días, habían seguido manteniendo esa buena relación que todos en su familia deseaban que se llevara a cabo.

En ese tiempo no tuvieron noticias de Asier y Aitor, muchas fueron las veces que desearon que se pusieran en contacto con ellas, pero eso nunca pasó.

Ambas jóvenes recordaban aquellas Navidades tan diferentes que el destino y la madre naturaleza quisieron que vivieran.

Marta había soñado en alguna ocasión con Asier, como lo hiciera por aquel entonces en el hotel, y tras despertarse y toparse con la realidad comprendía que eso sería lo único que quedaría de aquella corta, pero intensa relación. Unos sueños en los que a veces, ese hombre aparecía por sorpresa para buscarla.

Peor lo pasaba Samira, ella que había descubierto en aquel hotel lo que era entregarse por primera vez, conocer el primer amor y sufrir a la hora de la despedida.

Vivía con la esperanza de que Aitor apareciera un día en su vida, le dolía en lo más profundo de su ser que no se hubiese molestado en escribirle, buscarla, aunque solo fuera para decir que no le interesaba, que no había sido más que unos días de entretenimiento para él.

Alguna noche había encontrado el sueño entre lágrimas, pero no podía hablar de aquello con nadie, ni siquiera con su prima Marta, a pesar de que ya mantenían una muy buena relación.

Aitor y Asier, esos dos hombres dedicados a su trabajo en cuerpo y alma, siempre fieles a “servir y proteger”, dos policías para quienes, los últimos siete meses, su profesión los había mantenido de lo más ocupados.

Pensaban constantemente en los días que pasaron en Huesca, en cada momento que vivieron en compañía de cada uno de los otros huéspedes, de las risas, los momentos de tensión y, muy especialmente, esos en los que la pasión tomaba las riendas siendo compañera indiscutible.

Asier había recordado a esa chica que a ojos del mundo era una niña, pero que, para él, era toda una mujer. Aún sonreía cuando a su mente volvía el momento en que la vio entrar en el cobertizo completamente mojada por lluvia y, la descarada y mal hablada Marta, se convirtió en un ratoncillo asustado cubierto de un encantador rubor rosado en sus mejillas.

Esa inocencia fue la causante de que ambos acabaran jugando con fuego, un fuego que los llevó a pasar los últimos días en el hotel, enredados bajo las sábanas.

Aitor, por su parte, se dio cuenta en ese tiempo de que lo que había sentido con Samira era real, muy real.

Lo que empezó como un juego de atracción, seducción y nuevas experiencias por parte de ella, acabó con un sentimiento que le hizo prometerle que volverían a verse.

Se mortificaba porque había roto esa promesa, porque en ese tiempo no había podido ponerse en contacto con ella, ya que su trabajo lo absorbía y no quería meterla a ella en medio de esas investigaciones.

En un trabajo como el que ambos tenían, cuanto menos gente supiera que había alguien que les importaba, mucho mejor, menos riesgo para esas personas.

Ambos agentes querían volver al lugar en el que todo empezó, ver a esas dos hermosas mujeres que les robó el corazón y dejar que pasara lo que tuviera que pasar.

Alan y Rebeca siguieron con sus charlas a través de la pantalla en esa red social de Internet que una vez los unió. Se echaban de menos, se deseaban y querían poder estar juntos, pero la situación de uno y otra no se lo había permitido y debían conformarse con chatear, hablar por teléfono o escuchar uno de esos audios que, en ocasiones, se enviaban para darse las buenas noches.

Tanto Alan como Rebeca, mantuvieron contacto con Abel, Marta y Samira, no se veían, pero las conversaciones entre todos eran constantes, siempre era uno de ellos el que preguntaba cómo estaba el resto y ahí empezaban esas charlas divertidas, alocadas y entretenidas que sacaban mil y una sonrisas a todos.

Abel veía a sus dos amigas de lo más decaídas, igual que se lo notaban Alan y Rebeca cuando hablaban porque, a pesar de que solo eran frases las que veían, sin escucharlas hablar, podían saber cómo se sentían en cada momento.

Fue por eso que, el *influencer*, junto con Alan y Rebeca, decidieron llevar a cabo una misión secreta, como si de un equipo de policía se tratara, a la que pusieron como nombre “Locura veraniega”.

¿En qué consistía dicha misión, os preguntareis? Muy fácil, o al menos eso pensaban nuestros tres súper agentes.

Había que volver al hotel donde todo empezó, tenían que conseguir que se produjera ese reencuentro para que aquellas dos jóvenes volvieran a sonreír como lo hicieron durante esas vacaciones.

Para ello debían empezar por hablar con los dueños del hotel, necesitaban asegurarse que podían contar con todo el recinto para ellos solos durante quince días.

Una vez que eso estuvo todo atado y bien atado, tocaba la parte más difícil, conseguir que los dos policías acudieran a esa cita sin que dieran ningún tipo de información a Marta y Samira.

Estas dos últimas irían engañadas, con esas pequeñas mentirijillas que en ocasiones nos cuentan quienes más nos quieren para darnos una sorpresa.

Abel consiguió convencer a ambas primas, aunque la que más trabas puso a ese viaje fue Marta, puesto que, según dijo, ya que tenía que dejar su casa al menos que fuera para ir a la playa, no a un lugar donde lo único que encontraría sería árboles alrededor del hotel.

Finalmente accedieron, prepararon maletas y se hicieron a la idea de pasar dos semanas en el lugar en el que sus vidas cambiaron, no solo por su nueva y maravillosa relación, sino porque en su camino habían conocido a personas increíbles con quienes compartían unos bonitos recuerdos.

¿Qué les deparará este nuevo viaje a ellas? ¿Estarán Asier y Aitor en esta nueva aventura?

¿Cómo será el encuentro entre Alan y Rebeca?

Si tienes curiosidad y quieres respuesta a esa y alguna otra pregunta más, sigue leyendo, no te quedes con la duda y adéntrate en esta nueva locura.

Capítulo 1: Rebeca



¿Cómo podía ser posible que estuviera nerviosa? Ni que fuera a ver a Alan por primera vez en mi vida. Aunque, bueno, habían pasado siete meses desde que nos despedimos en este mismo lugar, el aeropuerto en el que ahora estaba esperándolo.

Madre mía, me iba a quedar sin uñas, y eso que no me las mordía, de ahí que estuviera comiendo regalices como una adicta al azúcar, más que nada porque en el interior del aeropuerto no podía fumar.

¡Joder, necesitaba un cigarro!

Este tiempo habíamos estado hablando cada día, nos llamábamos y a veces incluso hacíamos videollamadas para vernos.

Le echaba de menos de una manera que no creí que fuera posible.

Cuando accedí a que nos viéramos en persona por primera vez no esperaba que acabara más enamorada aún de ese hombre de tierras escocesas que me conquistó cada día con su forma de ser y sus palabras, esas muestras de cariño que, aunque fueran escritas, me llegaban como si realmente me las estuviera diciendo.

Cada noche me acostaba queriendo mandar todo a la mierda, coger una maleta e irme a verlo, incluso quedarme allí con él, si me aceptaba, pero a la mañana siguiente cuando se lo contaba él ponía el punto de cordura en la situación y me devolvía a la realidad.

¿Llegaría algún día el momento en que estuviéramos juntos de verdad? Eso era lo que me preguntaba a cada vez que acabábamos de hablar. Yo sabía que le quería, le amaba, y podía ver que él sentía lo mismo.

No eran meras palabras ni siquiera “te quiero” dichos por decir en una frase, cuando salían de mis labios eran una gran verdad y, cuando lo escuchaba de los suyos, podía sentir que realmente lo decía desde el corazón.

Había ido guardando dinero cada mes para poder ir a visitarlo en algún momento, tal vez ir a pasar las Navidades con él a Escocia, hasta que Abel, ese alocado y divertido *influencer*, nos contó su plan de volver a reunirnos a todos en el hotel. Y, con todos, se refería a todos.

Marta y Samira lo estaban pasando mal porque no sabían nada de Asier y Aitor, esos dos amigos y policías que antes de abandonar el hotel como si de los concursantes de Gran Hermano se tratara, prometieron a esas dos niñas que volverían a verse.

Pobres, tanto tiempo sin saber nada, me ponía en su situación y estoy segura de que por la cabeza se les pasarían mil cosas diferentes. La principal, me imaginaba, sería si después de todos esos meses, habrían rehecho sus vidas y se habían olvidado de ellas.

Abel nos pidió que fuéramos al hotel, al menos si los policías no hacían acto de presencia las niñas no estarían tan solas, pues nosotros haríamos lo posible para que sus días estuvieran tan cargados de risas como en las pasadas Navidades.

Miré el reloj por millonésima vez en la hora que llevaba ahí esperando. Vale, os preguntaréis

que, para qué narices había llegado yo antes de tiempo al aeropuerto, ¿verdad? ¿Por qué, si por mucho que yo estuviera ahí esperando a mi escocés como si fuera una fan ilusionada por ver a su cantante favorito, el vuelo no iba a llegar antes? Pues, para calmar los nervios, pero había fracasado estrepitosamente, no había duda.

Al final me acabaría sentando mal tanto azúcar por los jodidos regalices. Dios, esto era peor que el tabaco.

Guardé el paquete en mi bolso y me puse en pie para caminar. De algún modo tenía que matar el tiempo porque todavía quedaba una hora más para que llegara ese vuelo.

Que sí, ha quedado claro que soy un poquito ansiosa, pero solo un poquito.

Lo bueno que tenían estos sitios es que eran como centros comerciales, había varias cafeterías y tiendas donde poder matar el tiempo de espera. Me cogí un café para llevar y anduve por allí, de escaparate en escaparate, esperando que pasaran los minutos más rápido de lo que lo hacían.

Volví al lugar en el que estaba sentada poco antes de que el vuelo de Alan llegara, ocupé de nuevo ese banco y contemplé el paisaje por el ventanal que tenía enfrente.

Esperaba que ese nuevo encuentro fuera para él, tan especial como lo era para mí.

Quería que aquellos días que íbamos a pasar juntos, fuera un nuevo recuerdo que guardar en la memoria y volver a él, cuando fuéramos mayores.

¿Sería posible que llegáramos juntos a ser un par de viejecitos con una gran familia?

No, no estaba desvariando, que ese hombre en alguna ocasión había sacado el tema hijos a relucir, cierto es que lo había hecho porque todos estábamos encantados con la idea de que Abel y Miguel, algún día les dieran esos dos nietos que habían prometido a Manuel y Pepa, padres del segundo.

—¿A quién esperas, pequeña? —escuché la voz de Alan susurrando en mi oído y no pude evitarlo, cerré los ojos y empecé a llorar.

Me tapé la cara al tiempo que apoyaba los codos en las rodillas y el llanto se hizo aún más intenso cuando noté sus brazos rodeándome.

—¡Ey, no! Pequeña, no llores, por favor —me pidió dándome besos en el cuello.

No podía dejar de llorar, y eso que me había jurado no hacerlo cuando lo viera, pero bueno, realmente no le había visto porque me había sorprendido desde atrás, así que... estaba perdonada, ¿verdad?

—Rebeca, por favor, háblame, dime algo.

—No quería llorar, te lo prometo.

—Mientras sea de felicidad y no de pena, me vale.

Le miré y me lancé a sus brazos con tanta fuerza, que le hice caer al suelo conmigo encima. Sus manos me sujetaban por la cintura y él no paraba de reír mientras yo, no dejaba de llorar.

Al fin estaba aquí, de nuevo lo tenía conmigo.

—Te quiero, Alan. Te quiero, te quiero, te quiero —sí, en ese momento me recordé al mismísimo Nino Bravo, cantando esa canción, pero yo no la canté, que no tenía buen oído para eso.

Le besé la mejilla como haría una abuela, con besos de esos fuertes y sonoros, pasé a la otra y cuando lo miré, fue él quien se aventuró a besarme en los labios.

Juro que ese beso me supo a gloria, al amor más grande que alguien te puede dar. A la promesa de que aquel viaje no serían solo unos días más, sino que volverían a formar parte de nuestra historia.

—¿De verdad estás aquí? —pregunté cogiéndole el rostro entre mis manos.

—Sí, para pasar quince días con mi Rebeca.

—¡Ay, que te como “to”! —dije antes de plantarle un beso en los labios.

—¿Todo, todo? —sonrió de medio lado con la ceja arqueada y juro que quise matarle por ese modo en que había insinuado lo que estaba pensando, pero no pude más que devolverle la sonrisa y morderme el labio— Ese gesto... es muy tentador.

—Anda, vámonos que estamos en mitad del aeropuerto tirados en el suelo.

Miramos alrededor y había algunas personas mirándonos, pero sonreían puesto que seguro imaginaban lo que realmente era eso, el reencuentro de dos amantes enamorados.

Tras levantarnos, Alan me pasó el brazo por los hombros y me pegó a su costado dejándome un beso en la mejilla.

Salimos del aeropuerto, dejamos su maleta en el coche y pusimos rumbo al hotel, ese lugar que sería de nuevo testigo de todas y cada una de nuestras vivencias, durante los próximos quince maravillosos días del verano.

Durante el camino Alan no paró de cogerme la mano, apretarla con cariño, besarla, acariciarme el muslo y decirme lo mucho que me había echado de menos, a pesar de que hablábamos todos los días.

Yo lo entendía, ya que le extrañaba por las noches, también me acostumbré a dormir con él y sentir sus brazos rodeándome y eso era lo que me había faltado todos esos meses.

La llegada al hotel fue una locura. En cuanto Miguel nos vio, salió a recibirnos con un afectuoso abrazo, no habíamos sacado ni siquiera nuestras maletas del coche, cuando escuchamos a Pepa dar un grito de alegría.

—¡Ay, mis niños! Ven aquí, bonita. Pero, ¡qué guapa estás! —Me abrazó con tanta fuerza, que temí que me rompiera una costilla— Y el buen mozo este, ¿sigue sin entender ni papa de español?

—Bueno, algo más sabe, pero le cuesta. Está más cómo con su inglés.

—Claro, si es que es normal. ¡Bienvenido, hijo! ¡Dame un abrazo!

—Mamá, que por le grites al pobre Alan, no te va a entender mejor —Miguel puso los ojos en blanco y empezamos a reírnos.

—Pepa —Alan la llamó con ese acento mezcla entre británico y español que era de lo más gracioso—. Yo muy contenta de verte de nueva.

—¡Jesús! ¿Estás en alguna academia, Alan? —le preguntó Miguel.

—No, me está enseñando Rebeca, poco a poco.

—¿Qué ha dicho, hija? —quiso saber Pepa.

—Que le estoy enseñando a hablar español, pero ya ves, va despacio y no se aclara bien con las palabras.

—Bueno, Alan, tú como dice la canción esa, despacito, poquito a poquito —esas últimas palabras se las fue diciendo sílaba a sílaba y él, que era un amor, sonrió al tiempo que asentía.

—Sí, Pepa, mí, poquita a poquita.

—¡Toma ya! Rebeca, te puedes ganar la vida como profesora de español —me dijo Miguel, muerto de risa.

—Mira, Miguelín, no te doy dos collejas, porque está tu santa madre delante.

—Se las puedes dar, hija, se las puedes dar.

—¡Mamá! Desde luego... Y luego dice que me quiere.

Rompí a reír y mientras Miguel entraba dentro diciendo que su madre le quería menos que a Manolo Escobar. No era exagerado el niño ni nada.

En cuanto entramos al hotel Manuel vino a recibirnos con un fuerte abrazo, nos dio la

bienvenida y nos acompañó a la que sería nuestra habitación.

Nos dejó solos para que colocáramos nuestras cosas y antes de que me diese cuenta Alan me tenía tumbada en la cama y estaba sobre mí, con la cabeza metida por debajo de mi camiseta y besándome la barriga.

—¡Para! —le pedí entre risas.

—No, no. Quiero estar un ratito aquí.

—Alan, por favor, sal de ahí. Venga, va, que hay que colocar esto.

—Ahora, solo quiero cinco minutos.

—Alan...

—Rebeca...

—Ni Rebeca, ni nada. Sal, venga.

—Esta noche, no quiero excusas —me señaló con el dedo mientras se levantaba, me cogió la mano y tras ayudarme a ponerme en pie, me pegó a él y me besó en los labios—. Necesito tocarte y saber que eres real, pequeña.

Me abracé a él y dejé que me diera esos mimos que tanto había necesitado el tiempo que habíamos estado separados.

Acabamos de colocar nuestras cosas y fuimos a la sala de la chimenea, aquello me hizo recordar todo de nuevo.

Esos días de frío, nieve y lluvia que nos mantuvieron aislados en ese precioso lugar.

—Venid, que os enseño la piscina que ya hemos vuelto a abrir para esta época del año —nos dijo Miguel.

—Menos mal que Abel nos puso al tanto y trajimos bañadores porque, si no, me veía aquí en ropa interior.

—Mujer, sujetador y braga son prácticamente como un bikini.

—Ya, Miguel, pero no es lo mismo. Bueno, vamos a ver esa piscina.

Y ahí que fuimos los tres y cuando vi aquello, que estaba en ese bonito entorno verde y rodeado de árboles, sin nada de nieve, ni lluvia y mucho menos frío, empecé a dar saltitos como una niña la mañana de Reyes.

La piscina estaba toda bordeada de suelo de madera laminado donde había varias camas balinesas que me moría por probar.

Esa parte del jardín era preciosa, en la terraza tenían un bar tipo chiringuito y una casa de madera muy bien acondicionada con barra y taburetes donde poder sentarte a tomar una copa.

—¿Os gusta? —preguntó Pepa, que sonreía cuando me giré hacia ella.

—¡Me encanta! Esto es precioso, de verdad.

—Me alegro, porque vais a poder disfrutar de todo durante quince días, el hotel está cerrado solo para vosotros.

—Pero, Pepa, querrás decir para todos, que vosotros también estáis aquí.

—No hija —me contestó Manuel—. Mi Pepa y yo nos vamos estos días fuera a ver a la familia que tenemos en el sur. Van a ser nuestras primeras vacaciones, fíjate.

—¡Anda! Pues, bien merecidas, Manuel. Al sur, a disfrutar de la playa, el sol y pescaito frito.

—Sí, ya les tocaba, son muchos años dedicados al negocio y les aseguré que podía hacerme cargo yo solo, pero mi madre ha dejado comida como para un regimiento militar. Vamos, que cualquier día os escucho a alguno decir eso de, “¡zafarrancho de combate!” —soltó Miguel, haciéndonos reír.

—Bueno, ¿qué os parece si comemos? —preguntó Manuel.

—Por mí perfecto, me comería un buen chuletón ahora mismo —contesté.

—Así me gusta, que no seas de esas esmirriadas que andan mirando la comida y solo se ponen cuatro hojitas de lechuga en el plato —me dijo Pepa, cogiéndome del brazo.

Fuimos a la parte trasera de la terraza donde estaba la mesa preparada para los cinco y ahí nos pidieron que nos sentáramos mientras ellos iban trayéndolo todo.

Por más que insistí en que nos dejaran ayudar, no había manera de que así fuera.

—Ya ayudaréis a Miguel cuando no estemos nosotros —dijo Manuel, una vez que se sentó a comer.

La verdad es que Pepa era una cocinera extraordinaria. Tenía una mano para la cocina que ya la quisiera yo para mí, aunque bueno, con el tiempo seguro que acabaría haciéndolo mejor que ahora.

Nos contaron lo encantados que estaban con Abel, que no había dejado pasar la oportunidad de ir hasta allí algún viernes solo para pasar unos días con Miguel.

Tras la comida, no dejé que recogieran solos e incluso Alan, se puso en pie con su plato en la mano y miró a Pepa hablándola en inglés y, claro, la pobre mujer...

—Hijo, es que no te entiendo nada. ¿Qué ha dicho, Miguel?

—Mamá, dice que como les vuelvas a decir que no ayuden hoy, se va ahora mismo por esa puerta y no vuelve.

—¡Ah, no! Ayuda, hijo, tú ayuda, y ella también. ¡Hombre, faltaría más! Que si por esa tontería vas a dejar de venir a ver a la Pepa... No, no.

Le traduje a Alan lo que ella decía y soltó una carcajada, como también lo hicimos el resto, incluida la buena de Pepa.

Preparamos café y fuimos a tomarlo a la sala de la televisión, pero justo en ese momento escuchamos un coche llegar.

Nos asomamos por una de las ventanas y al ver caminando hacia la entrada a Aitor y Asier con una maleta cada uno, grité de alegría y me abracé a Alan.

—¡Que han venido! Verás las niñas qué contentas se ponen.

Fuimos a recibirlos y en cuanto acabaron de saludarlos a todos, me lancé a los brazos de Aitor, que me recibió con una carcajada.

—¡Ay, ay, ay! Pero, ¡qué alegría, de verdad! —dije cuando me dejó en el suelo.

—Y a mí, ¿no me saludas igual de efusiva? —protestó Asier.

También lo abracé fuerte y al tenerlos a los dos delante recordé aquella noche en la que todo empezó con un sensual juego de cartas entre cinco personas, y acabó con una resaca monumental a la mañana siguiente.

—La sorpresa que se van a llevar las niñas cuando lleguen —les aseguré.

—¿Aun no están aquí? —preguntó Aitor.

—No, no han llegado aún.

—Entonces, ¿no nos esperan? —Asier arqueó la ceja y sonreí negando.

—La misión, “Locura veraniega” era solo algo entre Abel, Alan y yo, ya os dijimos que ellas no sabían nada de que habíamos podido hablar con vosotros. Están las dos tan tristonas... —Me encogí de hombros.

—Bueno, eso en cuanto las veamos lo solucionamos, ¿verdad Aitor?

—Claro, estoy deseando ver a mi pequeña —contestó él.

—Y yo a la otra niña, que menudos meses he pasado pensando en ella.

—¡Uy, uy, que por aquí huele a amor, y mucho! —soltó Miguel, haciéndonos reír a todos.

—Bueno, hijo, lleva a los chicos a sus habitaciones y mientras os traigo un café —dijo Pepa.

Y eso hizo Miguel, acompañar a los dos policías a sus respectivas habitaciones y es que, en esta ocasión, cada oveja iba a estar con su pareja, por lo que Aitor y Asier, contaba cada uno con una, igual que Abel tenía la suya para compartir con Miguel.

Fuimos a la sala a esperarles y cuando regresaron nos tomamos el café mientras Manuel, nos decía cuanto necesitábamos saber por si pasaba cualquier cosa.

—Papá, recuerdas que tengo treinta años, ¿verdad? Y que todos los que vamos a estar aquí somos mayores de edad.

—Sí, Miguel, pero no está de más que todos sepáis lo imprescindible.

—En serio, a veces me siento como si tuviera quince años. Mamá, dile algo.

—Tu padre tiene razón, vais a estar quince días solos.

—¡Joder!, ni que fuera a montar aquí unas fiestas de esas que salen en las películas de universitarios americanos, mamá.

—Ya sé que eso no, pero si ocurre algo como la otra vez...

—¿Qué va a pasar, Pepa de mi alma? —pregunté— Mira el tiempo tan estupendo que tenemos. Ese sol ahí en lo alto del cielo iluminando las mañanas, calentando los campos y dorando los cuerpos que se encuentran en las playas, como a la que vas tú, pillina, y piscinas como la que voy a disfrutar yo aquí todos los días. Vamos, que a mi casa vuelvo con moreno, te lo aseguro.

—Si al moreno ya le tienes, hija. Mira, mira cómo te observa con esa carita de enamorado — miré a Alan tal como me pedía Pepa y sí, esos ojos desprendían un amor que me calentaba el alma.

—Está loquito el escocés, muchacha —comentó Manuel, y me sonrojé.

Manuel y Pepa, fueron a terminar de preparar su equipaje ya que salían en unas horas de allí.

Nosotros cinco fuimos a la zona de la piscina para que la vieran Aitor y Asier, se quedaron alucinando al ver aquel rincón tan bien preparado donde estábamos seguros que disfrutaríamos de más de una copa y algún que otro baile.

—Estoy deseando ver las caras de Marta y Samira, se alegrarán de veros, ¿verdad? —pregunté.

—Eso espero, porque yo tengo muchas ganas de ver a Samira.

—Chicos, ¿por qué no las llamasteis?

—Rebeca... —me riñó Alan, para que no me metiera en lo que no me llamaban.

—Tranquilo, no pasa nada —le pidió Asier—. Hemos tenido mucho trabajo, y bastante jodido, pero no nos hemos olvidado de esas chiquillas. Te aseguro que pusieron nuestras vidas patas arriba.

—Y tanto —corroboró Aitor, con una sonrisa en los labios y la mirada perdida en, tal vez, algún recuerdo de aquellos días de Navidad.

Miguel sirvió una copa que nos tomamos ahí mismo, en esa bonita terraza mientras yo veía cómo se movía el agua de la piscina. Aquello era hipnotizante, de verdad.

Tras acabarnos nuestras copas, fuimos a la terraza de la parte trasera de la casa, allí esperaríamos a que llegara el trío más peculiar de nuestra historia.

Recordar los primeros días de convivencia impuesta por la naturaleza en los que Marta se portaba como una auténtica bruja con Samira, esa pobre e inocente chiquilla que se pasó más tiempo triste y llorando que riendo, me hacía ponerme de mal humor, pero afortunadamente la pequeña Martita recapacitó, entró en razón y cuando pidió perdón a su prima y acabaron las dos abrazadas y llorando, fue como un rayito de esperanza. Ese que deja patente que con paciencia y esfuerzo todo se consigue.

En este caso la paciencia era la de Samira, por aguantar cada desplante de su prima, y el

esfuerzo era el de Marta, que decidió dejar a un lado su orgullo y esforzarse para ser mejor persona con quien más la quería.

—Estoy nervioso, joder —escuché que decía Aitor.

—¿Tú, nervioso, poli? —preguntó Alan.

—Pues sí, ya ves. Un tío de treinta y cinco años como yo, curtido en mil batallas, con cientos de misiones de lo más arriesgadas, está nervioso y cagado de miedo por ver a una chiquilla de veinte años.

—Compañero —Asier le dio una palmada en el hombro a Aitor y después se lo apretó—, no eres el único, te saco cinco años y estoy como tú por una niña que podría ser mi hija.

—Manda huevos, vaya dos —Miguel empezó a reír y Alan y yo, no pudimos aguantarnos y le acompañamos.

—Claro, vosotros dos tan tranquilos porque tú —Asier señaló a Alan—, tienes aquí a tu chica, y tú —esta vez fue a Miguel a quien señaló—, lo vas a ver pronto, le has estado viendo a menudo y seguro que te ha jurado amor eterno. Nosotros partimos de cero prácticamente otra vez, tío.

—Eso digo yo —intervino Aitor—. Después de siete meses, ¿quién nos asegura que querrán volver a vernos?

—Pues yo misma, que las he tratado este tiempo. Y Alan también.

—Sí, Rebeca, las habéis tratado, pero a saber qué mierda se les habrá pasado por la cabeza al no tener noticias nuestras —me dijo Aitor que, acto seguido, se puso en pie y fue hacia el ventanal que daba al exterior.

Allí permaneció en silencio, con las manos en los bolsillos de los vaqueros que llevaba puestos, pensando en Dios sabía qué.

Miguel, Asier y Alan, seguían charlando de algo que de seguro les parecía de lo más interesante, pero yo no podía dejar de mirar a Aitor.

Ese hombre tan centrado y decidido, que no había dudado en jugar con Alan y conmigo una noche, acompañados de Samira y Asier, que poco después de aquello volvimos a compartir algunos momentos mi escocés y yo con él y Samira en su habitación, estaba delante de mí tan nervioso como un adolescente en su primera cita con la chica que le gustaba.

Sonreí al pensar en aquello, me parecía de lo más tierno que, un hombre como él, pudiera estar sintiendo auténtico miedo al no saber qué pasaría cuando la chica de la que, no me cabía ninguna duda, estaba enamorado, atravesara esa puerta y volviera a verle.

El amor, a veces, nos llega tan fuerte como lo hace una ola rompiendo contra las rocas, haciendo que todo nuestro mundo estalle en mil pedazos y se vuelva del revés.

El amor, cuando se siente por primera vez y es de verdad, puede hacernos temer perder aquello que más deseamos.

Me puse en pie, me acerqué a Aitor y le pasé la mano por la espalda tratando de calmarlo.

—Verás cómo todo va bien —le dije.

—Rompí la promesa que le hice de volver a verla —Aitor miraba al frente.

—No has roto nada, tontito, estás aquí, y vas a volver a verla.

—Sí, siete meses después de que se fuera de este lugar completamente destrozada —se giró a mirarme y vi auténtico dolor en sus ojos—. Siete meses en los que ni siquiera le he mandado un puto mensaje preguntando cómo estaba.

Se le empezaba a quebrar un poco la voz, así que dejó de mirarme para volver a clavar la vista en ese punto fijo del horizonte al que miraba antes.

Lo dejé solo porque entendía que, si necesitaba soltar aquel dolor de alguna manera, mejor

hacerlo sin espectadores.

A veces, y solo a veces, para un hombre es bastante incómodo que alguien pueda verlo llorar.

Volví junto a los chicos, Alan me cogió la mano mientras me regalaba una sonrisa y me sentó sobre sus piernas.

Miré el reloj, ya eran las seis de aquel primer día de nuestras nuevas vacaciones juntos.

Solo esperaba que estas fueran, si era posible, igual de memorables que las primeras que vivimos justo aquí, en un maravilloso y apartado hotel rural de los Pirineos de Huesca.

Capítulo 2: Samira



—Me hace mucha ilusión volver, pero joder, ya podríamos habernos ido al Caribe —protesto Marta, cuando íbamos llegando al hotel.

—Pues a mí me apetece, no va a ser igual, pero tengo ganas de ver a la familia —dije refiriéndome a Manuel, Pepa y su hijo Miguel.

—Vosotras me tenéis hasta la concha que no se me llegó a formar —contestó Abel, echando el freno de mano cuando llegamos a la puerta del hotel.

Los recuerdos se me agolparon de repente y reconozco que se me hizo un nudo en la garganta de esos que quieres sacar para no romper a llorar.

Miguel salió a recibirnos con mucha alegría, nos ayudó con las maletas y la dejó a un lado de recepción, nos dijo que lo primero era un coctel de bienvenida en la estrenada terraza.

Cuando salimos y vi de pie junto a aquella mesa a Aitor, Asier, Alan y Rebeca, aplaudiéndonos, por poco me da algo.

Marta se puso a chillar corriendo hacia ellos, yo me quedé como bloqueada y boquiabierta sin poder ni andar, solo miraba a Aitor, que sonreía sin dejar de mirarme.

Aitor tuvo que venir hasta mí.

—¿No me vas a saludar? —dijo poniendo sus manos en mis brazos y mirándome, sonriendo.

—No sé si darte dos besos o una hostia — murmuré sin reaccionar mirándolo incrédula.

—¿Y si empezamos por un abrazo? —Me rodeo con sus brazos y besó mi frente.

—No me lo puedo creer, no me lo puedo creer...

—¿De verdad no te lo esperabas?

—Para nada, pensé que ya habías hecho tu vida y te habías olvidado...

—¿De ti? Jamás —seguía abrazado a mí y en ese momento apareció Asier.

—¿Para mí no hay abrazo?

Reí y lo abracé, estaba en *shock*, luego fui abrazando a todos.

—Necesito un ron cola bien fuerte —le dije a Miguel, mientras me sentaba.

—Está bien, pero os aclaro algo, ahí tenéis el bar para que os la echéis cuando queráis, os hemos hecho un todo incluido, pero tenéis que poner de vuestra parte, pues en estas vacaciones pienso disfrutar yo también—dijo con todo su arte.

—Así se habla —respondió Abel, causando una risa en todos.

Aitor estaba guapísimo, no me lo podía creer, con la de veces que me había acordado de él y lo que lo eché de menos. Ahora estaba ahí, quince días que íbamos a pasar todos juntos.

Mi prima ya estaba en el regazo de Asier, comiéndoselo a besos mientras le recriminaba que no le había escrito ni siquiera una vez.

Rebeca y Alan estaban de lo más radiante, se les veía súper felices, yo estaba alucinando en colores.

—¿No me vas a hablar? —dijo cogiendo mi mano desde su silla, estaba pegado a mí.

—Estoy en *shock*, no sabes cuánto —reí mirándolo avergonzada, sí, yo, avergonzada, pero me había causado tal impresión verlo ahí, que no podía reaccionar.

—Creí que te iba a dar más alegría verme —carraspeó con su media sonrisa.

—No me hagas hablar... — Di un trago a la copa que me había traído Miguel.

—Chicas ni que decir tiene que tú —dijo señalándome Miguel —duermes con este —señaló a Aitor —y tú —señalo a Marta...

—Con mi poli —contestó está comiéndose a besos a Asier, que reía como un niño chico.

—Te tocó aguantarme de nuevo.

—Aitor, no me busques la lengua... —reí nerviosa.

—¿No me dejarás que te la busque? — hizo un carraspeo.

—Estoy ahora en frío, me he quedado en *shock*, me encanta volver a verte, pero necesito mi tiempo para asimilarlo.

—Si quieres vamos al cuarto...

—¡Qué te den! —reí negando y resoplando.

Los padres de Miguel vinieron a despedirse de nosotros, por supuesto lo acompañamos a la puerta, por fin se cogían en tantos años unas merecidas vacaciones. No sé cómo se atrevía en dejarnos el hospedaje entero, en el fondo confiaba en nosotros.

Tras la despedida cogimos mis maletas para llevarla al cuarto y colocar todo, Aitor abrió la puerta sonriente y me dejó pasar.

—Estoy súper nerviosa, te lo aviso —reí señalándolo con el dedo.

—Pues relájate que, por ahora, no muerdo —se apoyó sobre la mesa con los brazos cruzados mientras yo colocaba todo.

—No entiendo por qué no me hablaste en todo este tiempo —le recriminé con tristeza.

—Pasaron cosas y me vi envuelto en una investigación que nos trajo de cabeza, pero sabía desde hacía mucho que las vacaciones las pasaría contigo.

—Ni cinco minutos para decir que te acordaste de mí, eso no me vale como excusa —volví a recriminarle.

—Tienes razón, pero quería sorprenderte con este reencuentro —dijo acercándose a mí —. Dame un abrazo en condiciones, anda, el de antes fue muy frío.

—No te lo mereces —reí nerviosa.

—Pero lo estoy deseando... —Me rodeó con sus brazos, besó mi cabeza y esta vez sí lo rodeé por su cintura mientras negaba.

Su olor me hizo recordar todo lo que habíamos vivido en esa habitación y que no había sido poco, era como si de repente, se agolpara todo en mi cabeza.

Nos besamos, sí, pero no como antes, ese beso era mucho más tierno, lleno de la emoción que nos invadía de volver a reencontrarnos, era diferente, lo sentí de otra manera mucho más especial.

Terminé de colocar todo y nos fuimos con los chicos, me llevó con su mano sobre mi hombro, noté que le había hecho mucha ilusión verme y que, sobre todo, me seguía deseando, eso se notaba, pero ahora me trataba de otra manera, mucho más sentimental.

Abel abrió una botella de champán y brindamos todos, ya estaba cayendo la noche y Miguel puso unas pizzas que Pepa, nos había dejado preparadas. Estábamos todos eufóricos contándonos nuestras cosas y felices por esas vacaciones que acababan de comenzar.

Nos dieron las dos de la mañana charlando alrededor de esa mesa, la noche estaba perfecta, se estaba de lujo allí, al final nos despedimos hasta el desayuno que sería en el mismo sitio, ahora teníamos un rincón al aire libre que era precioso y que se podía disfrutar a cada hora del día.

Cogí el camisón de tirantes y entré al baño para cambiarme, Aitor aguantó la puerta antes de que la cerrara.

—¿En serio te vas a cambiar aquí para que yo no te vea?

—Aitor... —reí negando —Han pasado siete meses y ahora mismo me impones muchísimo.

—Ven —agarró mi mano y me llevó hasta el borde de la cama donde se sentó dejándome de pie entre sus piernas. Quitó el camisón de mis manos y lo puso a un lado —. No quiero que sientas vergüenza de mí, no quiero que tengas que ir a cambiarte ahí. Si no quieres que te toque, o ya no te apetece estar conmigo, me lo dices, me dolerá, aunque lo entenderé, pero si lo haces solo por vergüenza deja que sea yo el que te la quite.

—No me hables así que me haces sentir peor —reí.

—Te estoy hablando con mucho cariño.

—Lo sé, pero ahora mismo, me impones mucho — acariciaba mis manos que la tenía sujeta sobre las suyas.

—Me dejaste descolocado cuando dijiste aquel Fin de Año, que nunca habías estado con ningún otro hombre, lo soltaste después de que pasaran cosas entre nosotros un poco fuerte para ser tu primera vez.

—Estás haciendo que se me suban los colores —reí de forma muy nerviosa.

—Imagino que estuviste este tiempo con alguien más, solo quiero que me digas si hay alguien en tu vida, lo entenderé.

—¡No! Ni tiempo tuve para eso —reí —. Sabes que estoy con la carrera a tope y no, no ha habido nadie más en mi vida, pero no sé qué me pasa, me pongo muy nerviosa ahora contigo.

—¿Me sigues deseando?

—Sí —murmuré mirando hacia abajo.

—¿Me dejas que sea yo quien te cambie de ropa?

—No sé qué me pasa, pero ahora mismo la vergüenza me puede. Aitor, no eres tú, soy yo, estoy como bloqueada, nerviosa y sin saber cómo actuar.

—No te estoy pidiendo que te entregues a mí como lo hiciste hace unos meses, que no estaría mal, oye, pero no, solo quiero que me dejes ayudarte a recuperar la mujer que fuiste en Navidades.

—Soy la misma, pero imagino que me falta tiempo para asimilarlo todo.

—Lo entiendo —echó mi pelo hacia atrás de la oreja, luego me agarró y me hizo abrazarlo —. Pasará lo que tú quieras que pase, llegaré hasta donde tú quieras que llegue, pero quiero que sepas que ya con el simple hecho de estar aquí contigo, me siento el hombre más feliz del mundo.

Esas palabras fueron lo mejor que pude escuchar de él, notaba sinceridad en ellas y me alegraba saber que estaba aquí, con esas ganas de verme y compartir conmigo lo que era una gran parte de sus vacaciones.

—Yo también soy feliz de que estés aquí, más de lo que imaginas.

—Pues ahora deseo que nos metamos en esa cama abrazados y pasar la noche junto a ti — besó mi barriga por encima de la ropa.

Desabrochó el botón de mi pantalón corto y lo dejó caer, mi piel se erizó, seguía sentado. Luego levantó mi camiseta y se deshizo de ella, lo mismo con el sujetador.

Me volvió a besar la barriga y me colocó el camisón, luego me besó y se levantó a cambiarse. Se puso una camiseta y se metió en la cama señalándome con su mano para que me pusiera a su lado.

Me dejé caer en su pecho, me besó y apagó la luz, no pasó nada, solo dormimos abrazados y las

sensaciones fueron fuertísimas.

Capítulo 3: Samira



Abrí los ojos y Aitor me estaba mirando sonriente.

—Buenos días, preciosa —me dio un beso en los labios.

—Buenos días, Aitor —sonreí feliz de ver que no era un sueño y seguía ahí, a mi lado.

—¿Qué tal has dormido?

—Muy bien, estaba agotada del largo día de ayer —me pegué a él y me respondió con un cálido abrazo.

—Me alegro de que hayas descansado. ¿Una ducha y nos vamos a desayunar?

—¿Los dos juntos? —me reí poniéndome nerviosa, recordando aquellas duchas de diciembre.

—¿Me tienes miedo? —Levantó la ceja.

—No —reí—. Bueno, un poco, no te voy a mentir y no es miedo es nervios, no sé qué me pasa, te lo juro.

—Te deseo muchísimo, pero puedes confiar en mí.

—Lo sé, pero eso no quita que ahora mismo prefiera ducharme sola —solté una carcajada.

—¿Prefieres o deseas?

—Lo prefiero porque aún estoy muy nerviosa, pero desear, lo deseo junto a ti.

—Necesitas tu tiempo, pero a mi lado creo que se te pasará antes —besó mis labios.

En ese momento sonó la puerta y Aitor fue a abrir, Asier entró con tres cafés y muerto de risa.

—Mirad lo que os traigo, para que digáis que me olvidé de vosotros.

—Ah no, lo que me faltaba —me eché a reír.

—Oye que solo vine a traer el café y a daros la bienvenida —carraspeó.

—Eso espero, de lo contrario te vas a ir como viniste —me levanté a tomar el café.

—Estoy agotado, así que, tranquilidad, Marta me dio una noche de esas que te dejan desgastados.

—¿A ti desgastado? —me eché a reír.

—No te imaginas como es tu prima.

—Algo me puedo hacer a la idea —negué riendo.

Se bebió el café de un sorbo y nos dijo que nos esperaba fuera, iba a ayudar a Abel y Miguel, a preparar el desayuno para todos.

—Por un momento pensé que venía buscando guerra, ya lo iba a mandar a paseo —reí.

—Yo sabía que no, eso se lo dejé bien claro —hice un carraspeo.

—¿Se lo dejaste claro? —Mi cara fue de sorpresa.

—Bastante —me pegó a él, con esa sonrisita y me besó, un beso largo donde nuestros fluidos volvieron a juntarse dándome una sensación llena de recuerdos.

Agarró mi mano y me llevó a la ducha donde se quitó la camiseta, el bóxer y comenzó a subirme el camisón, estaba de lo más nerviosa, sobre todo, cuando dejó caer mi braga al suelo.

—Me muero —dije riendo y poniéndome la mano en la cara.

—No te mueras, tranquila, puedes confiar en mí.

—Confío, pero eso no quita que aún esté asimilando todo esto —reí entrando con él, en aquella inmensa placa de ducha.

—Tranquilízate —puso sus manos en mi cuello—. No pasará nada que no quieras y no tengo prisa, nos quedan dos semanas por delante —me dio un precioso beso.

Claro que quería que pasara algo entre nosotros, pero es que estaba como bloqueada, me había sorprendido mucho verlo allí, pues no me lo esperaba, habían pasado siete meses y lo peor de todo es que cuando lo conocí, no tenía esos sentimientos que se habían quedado en mí desde el día que nos separamos, ese día que una parte de mi vida se quedó paralizada y triste. Me costó mucho superar esos días en los que no lo tuve y encima las noticias eran inexistentes, claro que lo deseaba, pero estaba como un bloque de hielo que, poco a poco, se tenía que ir derritiendo.

Se echó gel en las manos y me lo extendió por el cuello sin dejar de quitar esa mirada penetrante sobre mí y esa media sonrisa que llevaba dibujada en su cara.

—¿Bien?

—Sí —afirmé tras ese leve pensamiento que había tenido sobre mis sentimientos hacia él.

—Gracias por aceptar estar estos días conmigo —decía mientras expandía el gel por mis brazos.

—Bueno, mucha opción no tenía, me mandaron a esta habitación sin opción a replica —reí.

—Si te hubieran dado otra opción ¿La habrías cogido? —preguntó mientras comenzaba a expandir el gel por mis pechos.

—No, me hubiera quedado aquí, contigo, sin duda —sonreí.

—No esperaba menos de ti... —Sus manos iban bajando por mis caderas y yo me estaba dejando llevar por aquel momento, además, lo veía en otra línea, no notaba que estuviera a punto de hacer esas cosas que en otro momento hizo conmigo y que tanto me gustaron, pero también me gustaba que actuara como ahora.

—Aitor... ¿Me has echado de menos?

—Y me he emocionado muchas veces acordándome de ti y mirando las fotos.

—Yo no las pude ver ni una sola vez.

—¿En serio?

—Te lo juro —solté el aire al notar el gel por mi zona, entre mis labios llevándolo con cuidado hacia atrás, pero sin penetrar, solo acariciando.

—¿Más relajada? —preguntó poniendo su mano en mi barbilla.

—Algo más, pero no te creas que mucho —sonreí y lo abracé.

—Tranquila, de verdad, solo quiero que vayas recuperando esa soltura que habitaba en ti, pero tengo paciencia y estoy demasiado feliz con solo estar a tu lado.

—¿No te me habrás vuelto un romántico?

—¿Quién dijo que no lo fuera? —hizo un carraspeo.

—No digo que no lo fueras, pero ya sabes que vivimos una relación un poco más fogosa que otra cosa.

—Puede que para ti sea así, para mí fue una mezcla de todo —mordisqueó mi labio.

—Bueno, tú me has entendido —reí.

—Sí —sonrió—. Me gusta buscarte la lengua, pero sí, puede que ahora lo vivas de otra manera, ahora mismo me prevalecen más los sentimientos que el placer, aunque te reconozco que me muero de ganas por hacerte disfrutar como antes lo hacía.

—Yo también, pero me muero ahora mismo, me impresionó mucho ayer descubriros aquí, no

estaba preparada para volverte a ver, ni siquiera se me pasó por la cabeza, eso sí, pensaba por el camino que ojalá aparecieras por aquí, aunque fueran dos días de casualidad.

—¿Dos? —rio—Pues lo habríamos perdido con tu *shock* —me hizo soltar una carcajada.

—Eres tonto —reí negando y abrazándolo, luego lo besé.

Terminamos de ducharnos y salimos a vestirnos, sin hacer nada, pero nos lo dimos todo, pues a veces, cuando los sentimientos hablan en forma de miradas, abrazos y de corazón, el sexo puede esperar.

En el jardín ya estaban todos hablando a gritos mientras desayunaban, se pusieron a aplaudirnos cuando nos vieron aparecer.

—Un cafelito para el pecho, por lo bien que lo han hecho —gritó Marta, refiriéndose a nosotros.

—Creo que te equivocas —reí mientras me sentaba.

—Si tú me dices que con el señor poli no has hecho nada, es para que te cuelguen, vamos, yo me he puesto las botas con este —dijo señalando a Asier, que levantaba la ceja aguantado la risa.

—Pues muy bien, el brindis para ti —dije cogiendo un bollo.

—Llevo brindando por mí, desde que me senté —me sacó la lengua.

—Por cierto, ¿qué planes tenemos para hoy? —preguntó Aitor, moviendo el café y causando una risa en todos.

—Yo por ejemplo lo tengo clarísimo, me pasaré las dos semanas, bebiendo, comiendo, de piscina y rascándome el higo —soltó Marta.

—Lo que llevas haciendo toda la vida —soltó Abel, causando una carcajada en todos.

—Tú eres tonto —le dijo con cara de asco y negando —. Sabes que te partes tú en dos con tu trabajo de *influencer* y, además, yo ya comienzo a estudiar en octubre mi carrera.

—¿De puta?

—¡Qué te den! —Le sacó el dedo.

—No eres a la única que le dieron anoche.

—Bueno, que estoy desayunando ¿Puede haber paz?

—Como poder, puede, pero vamos que dudo que la vaya a haber —contestó Asier, aguantando la risa.

—El otro —negué soltando el aire.

—Por cierto, ¿bien con el tema de las almorranas? —preguntó el jodido sabiendo que solo yo, Aitor, Alan y Rebeca sabíamos realmente por donde iba la pregunta.

—De lujo, tengo el culo como una rosa —le hice un guiño y vi de reojo como Aitor, sonreía negando.

—Pues me alegro, de todas formas, Aitor trajo crema, es previsor, paró en la farmacia —sonrió con amplitud.

—Anda, vete un poquito a la mierda —reí.

—Hija, encima que el chiquillo se preocupa por ti...—soltó Marta, causándome una carcajada bien fuerte.

—Anda y que os den a todos un poquito, dejadme desayunar.

—Come, come, coge fuerzas —soltó Rebeca.

—Otra que también quiere que la mande a paseo —reí.

Tras el desayuno en el que no dejamos de reírnos y soltarnos de todo, nos fuimos a las hamacas, eso sí, dejando a los chicos preparando el fondo de una paella que iban a hacer al mediodía y que salió de lo más rica.

La tarde fue brutal, la liamos parda en la piscina bailando y bebiendo, entre Aitor y yo, había una química especial y ya nos estaba volviendo a salir los juguetones que éramos en Navidad.

Estaba loco por llevarme a la habitación, me avisó que había traído geles y juguetes sexuales, yo me tuve que echar a reír y es que era lo último que me podía haber llegado a imaginar.

Cenamos sin pasar por la habitación a ducharnos, total, por agua estábamos bien pasados como decía Abel, así que estuvimos todo el día juntos y achispados con esas copas que volaban por todos lados, hasta que nos despedimos hasta el día siguiente, eso sí, era para ver a Rebeca que iba vomitando todo el pasillo y Abel con Miguel limpiando por detrás y diciendo de todo.

Capítulo 4: Samira



—Todo me da vueltas —dije entrando en la habitación y tirándome en la cama boca abajo a peso plomo.

—Hemos bebido demasiado...

—Pues a ti no se te nota —dije sin levantar la cabeza.

—Tengo más aguante —lo escuché sonreír—. Me voy a dar una ducha, ¿te vienes?

—Ni muerta, ni me muevo.

—¿Y si te llevo yo?

—Te parto algo en la cabeza —murmuré.

—Te vendrá bien una ducha —dijo acariciando mi pierna.

—Quiero dormir y no escuchar nada... —me quejé con voz gangosa.

—¿Segura?

—Vete a tomar por saco, señor agente.

—Está bien —rio y se metió en la ducha.

No recuerdo nada más, solo que me levanté por la mañana y tenía la boca como un estropajo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó cuando me incorporé para sentarme.

—Me muero...

—No, no te mueres, anda, espera que me visto y te traigo un zumo natural para que te tomes la pastilla.

En ese momento que abrió la puerta apareció como si nos hubiera escuchado Asier, con dos zumos de naranja y un par de cafés.

—Joder, hijo, parece que nos tiene puesto un micro de escuchas —reí poniéndome la mano en la cabeza.

—Para nada, pero intuí que tú resaca —me señaló —iba a ser monumental y, además, estoy ganando puntos, no sabes lo que echo de menos tu culo —soltó una risita y Aitor lo miró negando y riendo.

—Deja eso ahí y sal por esa puerta, o te lo tiro en la cabeza —le dije riendo.

—Joder como has cambiado.

—Que me lo digan a mí —contestó Aitor y lo miré sacando las manos con ganas de matarlo.

—Bueno os dejo, tenéis mi teléfono si necesitáis ayuda —me hizo un guiño y Aitor le cerró la puerta en todas las narices.

—¿Este no tiene bastante con mi prima?

—Parece que no —se acercó con el zumo y la pastilla.

—Pobre Marta —negué volteando los ojos.

Me tomé el café luego del zumo y fui mejorando, tanto, hasta que me fumé un cigarro mientras Aitor me hacía caritas a posta para ponerme nerviosa.

Desde fuera nos llegaban los gritos de los chicos, madre mía, esos tenían más pilas que el reloj

de mi madre, que no se acababan en años.

—Yo paso de salir ahí fuera, esto es peor que un encierro, que cuando salen todos se lía la de dios —negué resoplando.

—Tú vas para la ducha que tienes muy mala cara —dijo acercándose a mí, de nuevo llamaron a la puerta y tuvo que ir a abrir.

—Una cosa —asomó la cabeza Asier —¿Uno rápido? —hizo el gesto con los dedos y Aitor le puso la mano en la cabeza, lo echó hacia fuera y cerró la puerta riendo mientras negaba.

—Ese se no va a dejar de pensar en mi culo en todas las vacaciones, lo estoy viendo venir y eso está ya cerrado y hasta cosido —reí.

—¿De veras? —carraspeó acercándose a mí.

—Te estoy viendo venir y no —le advertí con el dedo.

—Quiero ver eso de que está cosido —carraspeó parándose delante de mí.

—Vamos ni de coña, te lo digo ya.

—¿No me lo vas a enseñar?

—Obvio que no —reí nerviosa echándolo hacia atrás.

—Vamos a la ducha —me agarró por la mano.

—Ah no, tú te duchaste anoche.

—Bueno, soy de ducharme dos veces al día —tiró de mí que iba a rastras.

—Me niego, quiero ducharme sola.

—¿A qué temes?

—A ti, ¿te parece poco?

—A mí no tendrías por qué temerme, ya te he demostrado que voy a tu ritmo —comenzó a quitarme el bikini con el que había dormido.

—Te voy a decir una cosa, pero bien clara, mi culo ni me lo toques.

—¿Segura?

—Bueno ni mi culo, ni a mí —se me hizo un nudo en la garganta que quise obviar desde que volví a ver a Aitor.

—Eh —agarró mi barbilla y la quitó —¿Qué te pasa? —Puso mi mano en la nuca.

—Qué no voy a volver a ser un juego para ti, eso pasa, que no has tenido el valor de llamarme, de escribirme un puto mensaje y sí, te deseo con toda mi alma, pero no quiero estar contigo de otra forma que no sea el llevarnos bien como amigos.

—No seas injusta, no he podido, si lo hubiera hecho te hubiera puesto en peligro, hemos estado en una investigación muy jodida, la peor que recuerdo.

—Podrías haberlo hecho de mil maneras.

—Pero no lo hice y no me arrepiento de ello, no te voy a poner en peligro innecesariamente. Si no quieres follarme conmigo, no lo hagas, pero no me trates con indiferencia y, mucho menos, digas que he jugado contigo —encendió el grifo y se quedó bajo el agua mirándome.

—No tienes ni idea de lo mal que lo pasé.

—¿Y yo? ¿Te importa una mierda como lo pasé yo, Samira?

—No sé cómo lo pasaste tú, pero sí como lo hice yo.

—Pues si no tienes ni idea, no me ataques —en sus ojos vi rabia y dolor.

—Dame un beso —le pedí apagando el grifo y con las lágrimas cayéndome por las mejillas.

Puso sus manos en mi cuello y me besó, quizás había sido injusta, pero su ausencia me causó el daño más grande que había sentido en mi vida.

Nos fundimos en un abrazo fuerte y noté que decía la verdad, que me había querido proteger,

pero eso me mató poco a poco, cuando nos despedimos me di cuenta que lo amaba.

—Pero me sigo muriendo de la vergüenza —dije cuando nos separamos y me hizo una caricia en la barbilla.

—Lo sé, lo veo en tus ojos —sonrió—. Eso es porque tu corazón siente.

—Mucho, no te voy a engañar.

—Yo también siento mucho —me dio un beso.

—Ahora me siento muy pequeñita, no sé qué me pasa.

—Tienes inseguridades, pero no las deberías de tener —acarició mis manos mientras me miraba con esa intensidad que calaba mi alma.

—Sí, las tengo, soy incapaz de tener el control que tenía meses atrás cuando estaba contigo.

—Déjame quitarte esos miedos.

—O asustarme más —sonreí con tristeza.

—No, eso nunca —encendió el grifo y se echó gel en las manos —¿Me dejas?

—Claro, mientras yo, si eso me desmayo —bromeé causándole una sonrisa mientras me giraba y masajeaba mi cuello con aquel gel.

—No lo harás —murmuró lavando mi espalda a modo de masaje, que me dejaba de lo más relajada.

Me giró y comenzó a lavarme por delante, con esa mirada, esa maldita mirada que me ponía de lo más nerviosa.

—¿Puedo? —se refirió a seguir por abajo

No le contesté, abrí ligeramente mis piernas y llevó su mano hasta mi zona.

Solté el aire al notar sus dedos rozarme el clítoris y bajar hasta mi vagina, donde paró en la entrada y me miró a modo de pregunta, afirmé cerrando los ojos y echando mi cabeza hacia atrás para pegarla en la pared.

Dos de sus dedos entraron y volví a soltar el aire, con su otra mano pellizó mi pezón y mi respiración se agitó, volvió a pulsar el grifo de la botellita de gel y me hizo un gesto para que me girara, lo hizo apoyando mis manos en la pared y sabiendo que lo haría.

Abrió mis nalgas con una mano y puso el dedo en la entrada de mi culo, mientras con la otra me agarraba las caderas.

Lo metió solo un poco, era por fuera donde me estimuló, me comencé a volver loca y recordé cuanto me gustaba aquella sensación.

Paró, me giró y me echó champú en las manos para que me lavara la cabeza.

—Ahora seguimos fuera —dejó claro que esto no había hecho más que empezar.

Me lio en la toalla para que me secara un poco y me llevó a la cama, donde me colocó boca arriba haciéndome flexionar las piernas.

—¿Preparada?

—Sí —murmuré respirando con agitación.

Sacó de la mesita de noche un gel y una lata que dejó abierta a un lado, de la que se empapó bien los dedos y los puso en mi culo.

—Relájate que solo la dejaré aquí en la entrada haciendo efecto —dijo metiendo solo la puntita del dedo.

Recordé a ese Aitor que era feliz tocando y haciendo disfrutar, él lo vivía, le encantaba proporcionarme placer y hacer las cosas sin prisas.

—Abre todo lo que puedas —le hice caso mientras él, se llenaba las manos de gel y comenzaba a frotar y acariciar mis partes.

Luego me penetró con sus dedos llegando hasta el final y jalando con fuerza, yo pensé que me iba a volver loca.

Sacó la mano y metió un dedo en la vaselina, me dijo que me tumbara bocabajo y abriera bien mis piernas.

Abrió mis nalgas y puso su dedo con el que, moviéndolo un poco, fue adentrándolo mientras yo soltaba el aire con fuerza.

Llevó dos de sus otros dedos a mi vagina y me hizo la pinza, como él lo llamaba, pensé que no aguantaría tantas sensaciones.

Estuvo un poco hurgando y luego los saco y me hizo girarme, cogió un aparato y lo miré extrañada.

—¿Es un succionador?

—Sí —sonrió, lo puso a un lado y luego saco un doble vibrador.

—¿Todo eso a la vez?

—No es nada, verás —le echó vaselina a la parte más pequeña y ayudándome a abrir más las piernas, colocó aquel aparato en la entrada de mis dos orificios.

—Me muero —dije riendo.

—No, pero relájate y así me lo pones fácil.

—Yo te mato.

—Luego, luego —reía.

Eso fue entrando y pensé que no entraría, pero sí entró, solté una ráfaga de aire que arqueó la ceja.

—¿Estás bien?

—Te mato —reí.

—¿Te lo notas bien colocado?

—Creo que sí y que voy a explotar también.

Tocó algo, eso comenzó a vibrar y comencé a chillar muerta de risa, aquello no lo había sentido en mi vida y me estaba poniendo como una moto cuando con sus dedos abrieron mis labios y puso aquel succionador en marcha.

Chillé tanto que debieron de escucharme desde fuera y él comenzó a mordisquear mi pezón poniéndome más excitada aún, aquello era la mejor sensación orgásmica que estaba teniendo en mi vida.

Me corrí gritando que lo parase y lo hizo, caí en un desmayo total, no podía ni moverme, me faltaba el aire, aquello había sido brutal.

Me levantó para hacerlo y le dije que si no quería no se pusiera preservativo, llevaba cinco meses tomando la píldora para regular la regla y, por ende, no me podía quedar embarazada, se le dibujó una sonrisa brutal.

Se puso de cuclillas sobre la cama y me hizo poner frente él, encima, me penetró y ahí lo hicimos mirándonos a la cara, recordando aquellos momentos y reviviéndolos de nuevo.

Capítulo 5: Marta



Volver a ver a Asier fue increíble.

Siete meses esperando un mensaje, una llamada, no sé, algo que me dijera que pensaba en mí, o al menos que se preocupaba por saber si estaba bien o no, pero nada, ni un solo día en ese tiempo había tenido noticias suyas.

Intentaba hacer ver que estaba bien, que no me afectaba demasiado el que el hombre que tanto me gustaba y que había tocado un poquito mi corazón, no diera señales de vida, pero creo que fracasé todas y cada una de las veces.

Sé que mi prima Samira lo pasaba peor que yo, ella se enamoró de su poli y cada día que pasaba la veía más decaída, procuraba animarla y eso que yo por dentro estaba hecha una mierda, pero después de nuestro acercamiento y esa buena relación que ahora teníamos, no me importaba ponerme la sonrisa en la cara y hacerla sonreír.

Que sí, yo estaría jodida, pero lo disimulaba por tratar de animar al resto.

Al menos contábamos con Abel, mi alocado *influencer* que se desvivió por nosotras dos durante ese tiempo y que con sus charlas nos hacía ver que sus razones tendrían para no ponerse en contacto con nosotras. Él nos insistía en que sus trabajos no eran como el del jardinero que se encarga de plantas y florecillas en las rotondas de una calle, que los polis vivían en constante tensión en sus misiones.

Lo entendíamos, claro que sí, pero, ¿ni cinco minutos para un triste mensaje en plan, “estoy vivo, ¿cómo estás? No sé, digo yo, pero ni eso recibí, y mi prima tampoco.

Rebeca y su indio, que no es indio, ya lo sé, el guiri es escocés, pero se le ha quedado “indio” y al muchacho ya hasta le hace gracia, también estuvieron en contacto con nosotros. No nos veíamos, solo charlábamos por mensaje en un grupo que creamos en nuestra red social, y se interesaban mucho por cómo estábamos.

Al punto de que fueron ellos quienes conspiraron con mi Abelito para que ahora estuviéramos aquí, en el mismo hotel en el que todo empezó meses atrás, con un encierro obligatorio del que salieron cuatro parejas, bueno, realmente tres porque Abel ya estaba en una relación secreta con Miguel, el hijo de los dueños del hotel.

En cuanto vi a mi poli, me lancé a él como si fuera un corderito y yo una loba, me lo comí a besos delante de todos y me importó bien poco lo que pensarán, que yo era la más loca de los ocho allí presentes y así tenía que seguir siendo, vaya.

Hacía dos días que estábamos allí, era el tercero de esos quince que pasaríamos todos juntos y, en ese tiempo, me había comido a besos a mi poli tantas veces, que al final acabaría desgastándole la cara y los labios, pero, ¡qué leches! Lo había echado muchísimo de menos, quién lo diría, ¿verdad?

Yo, la bruta, la mala, la bruja del cuento, en plan sensible y enamoradiza por un hombre que, por edad, bien podría ser mi padre. Por Dios, si es que estaba casi en su edad.

Igual que Aitor, el noviete de mi prima Samira, que solo tenía diez años menos que mis tíos.

—Buenos días, niña —susurró Asier en mi oído mientras me abrazaba.

Le gustaba llamarme así, pero porque yo a su lado era un dulce y rico *petit suisse* que, dicho sea de paso, aprovechaba para saborear a la mínima oportunidad.

—Buenos días, señor agente.

Asier comenzó a dejar pequeños besos en mi hombro desnudo, y es que así es como dormíamos cada noche, sin ropa que nos molestara. Fue hacia el cuello y antes de que me diese cuenta, ya me había colocado boca arriba y bajaba con esos besos por mi pecho, mi barriga y...

—Hummm... Hora de desayunar —murmuró con la boca tan cerca de mi sexo, que el calor de su aliento me hizo estremecer.

Y bien que desayunó el jodido, empezó a lamerme despacio mientras me sostenía con ambas manos por las nalgas, abriéndome bien de piernas y así tener mejor acceso.

Ese hombre tenía una lengua que no daba tregua, jugueteaba con mi clítoris hasta que conseguía hacerme gritar pidiendo que parara.

Con una sonrisa de lo más traviesa, y esos ojos cargados de deseo, gateó hasta cogerme el rostro con ambas manos, colocándose entre mis piernas, y me besó con esa mezcla de amor y pasión que tanto me gustaba.

Su miembro rozaba mi entrada, él movía las caderas haciendo un poco más de fricción entre nuestros sexos mientras yo elevaba las mías para un mayor contacto. Joder, solo con ese simple roce podría acabar en un nuevo orgasmo.

Asier cogió un preservativo de la mesita de noche y tras colocárselo, me penetró al tiempo que me besaba de nuevo.

Le rodeé por la cintura con ambas piernas y coloqué los talones en su culo mientras entrelazaba los dedos en su cabello.

Me encantaba tenerlo así, pegado a mí y disfrutando del calor que desprendía su cuerpo constantemente, el tacto de su piel y notar cada músculo de su más que definida figura.

Aquella mañana era la primera vez que lo hicimos despacio, sin prisas y sin rudeza.

Esa fue la primera vez que realmente hacíamos el amor.

—No sabes cuánto te echaba de menos, preciosa —dijo mirándome a los ojos, una vez acabamos de entregarnos el uno al otro.

—No lo parecía, no me llamaste ni una vez —no había hablado aún de ese tema con él, y me pareció que aquel era un buen momento.

—Sabes a lo que me dedico, Marta, no quería exponerte a nada en la misión que nos encomendaron a Aitor y a mí. Ningún miembro de nuestro equipo lo hace.

—Y tú eres consciente de que pensé que solo había sido el entretenimiento de unos pocos días aquí, ¿verdad?

—Mi preciosa niña —susurró acariciándome la mejilla antes de besarme—. Jamás vuelvas a pensar algo así. No soy uno de esos críos de veinte años que solo quieren follar y ya. Tengo cuarenta, y bastante claro lo que quiero en la vida.

—Yo soy una de esas crías de veinte años, y no solo quiero follar, ¿eh?

—Técnicamente, aún tienes diecinueve.

—Apenas unos meses y cumpliré veinte. Nimiedades, señor agente, que soy mayor de edad y adulta, además.

—Adulta, ¿eh? —dijo, con esa sonrisa que me desarmaba por completo— Sabes que, aunque seas mayor de edad y adulta, para mí siempre serás esa niña traviesa que me sedujo en un

cobertizo, ¿verdad?

—¡Que yo te...! —Me llevé la mano al pecho, haciéndome la ofendida porque sabía que estaba bromeando— Fue usted, señor agente, el que me hizo agarrarme a la viga con el culo bien en pompa y me folló de esa manera.

—Porque tú, una niña traviesa con rostro angelical, me volvió loco al quedarse desnuda ante mí.

—Estaba empapada por la lluvia.

—¿Y quién puede asegurarme que no hiciste que aquello ocurriera? Que te mojaste a propósito porque me viste entrar en el cobertizo.

—¿Me estás llamando buscona? Porque te suelto una hostia ahora mismo, y la acompaño de un rodillazo en tus pequeñas joyas de la corona —dije mirándolo con rabia.

—¿Pequeñas, dices? —preguntó moviendo las caderas para que notara que aquello estaba otra vez en posición de ataque.

Madre mía, menudo aguante tenía el madurito que me había puesto la vida por delante.

—Te voy a dar yo a ti pequeñas joyas de la corona, niña traviesa —susurró con ese tono de voz ronco y sexy que me volvía loca.

Me besó con fuerza, volvió a estimularme con sus dedos juguetones pellizcándome el clítoris, entrando y saliendo de mí y yendo hacia la zona trasera.

—Asier —protesté con un jadeo al notar que toqueteaba esa entrada que nunca antes había sido tocada.

—Esto de aquí también es para mí, preciosa, y quiero que me dejes prepararlo bien para darte aún más placer.

—No... por ahí...

—Solo una vez, para probar, y, si te gusta, que estoy seguro que lo hará, volveremos a repetir.

Volvió a besarme sin dejar de acariciarme el clítoris con el pulgar mientras con otro dedo lo hacía en mi ano.

Me dejé llevar por las sensaciones y cuando quise darme cuenta Asier tenía una crema en la mano que me puso justo ahí, se colocó una especie de preservativo en el dedo y me estimuló por completo para que me relajara hasta que acabó por entrar, poco a poco, en ese lugar aún virgen de mi cuerpo.

Poco después me hizo estallar en un intenso orgasmo mientras me penetraba con ese dedo por detrás y con la otra mano jugaba con mi clítoris.

Sacó el dedo de mi culo, poco a poco, besándome con cariño mientras lo hacía, se quitó ese látex del dedo y me abrazó.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Pues... bien, la verdad.

—¿En serio?

—Ajá, sí —asentí mordiéndome el labio.

—Me alegra saberlo, porque seguiré preparando esa parte, quiero que sientas todo el placer que pueda darte, preciosa.

Sin dejar de mirarme entró en mí de una embestida y grité al tiempo que le calvaba las yemas de los dedos en los hombros.

En esa ocasión volvía a ser el Asier de las otras veces en este reencuentro, el que me manejaba a su antojo desde la primera vez que lo hicimos en el cobertizo.

Me pidió que me apoyara con las rodillas y los codos en la cama, bien abierta de piernas y,

agarrándome por las caderas, continuó con ese ritmo de entrar y salir rápido y fuerte que me volvía loca.

Hasta que fui consciente de algo.

—Asier, no te has puesto nada.

—Tranquila, que saldré antes.

—Pero...

—Relájate, preciosa —me pidió.

Paró, salió de mí, me giré y vi que se ponía un preservativo además de un nuevo látex en el dedo antes de coger la crema.

—¡Ah, no! Otra vez...

—Marta, confía en mí, ¿de acuerdo?

Hizo que volviera a colocarme en la posición en la que estaba, me puso la crema y tras penetrarme por delante empezó a jugar de nuevo con esa otra zona.

Noté cómo iba entrando, poco a poco, y di un leve grito al sentirlo dentro por completo.

—Si te vieras ahora mismo, preciosa —le escuché decir.

Yo solo podía jadear, gemir y gritar ante aquella sensación que me invadía por completo.

Por delante me penetraba rápido y con rudeza, mientras que por detrás lo hacía algo más lento.

Aun así, esa sensación de ser invadida por las dos zonas al mismo tiempo, me resultaba de lo más placentera, con una pincelada de dolor que quedaba bastante camuflada.

Me aferré a las sábanas cuando noté que se acercaba el orgasmo, tan solo necesité decir su nombre y él me entendió perfectamente.

Aumentó el ritmo en ambas partes y me corrí a gritos.

Aquello había sido algo que jamás sentí antes, un orgasmo realmente increíble.

—¿Bien? —preguntó mirándome a los ojos.

—Sí.

—¿Te ha gustado?

—Ajá —sonreí y él me devolvió el gesto.

Besó mis labios, me cogió en brazos y me llevó a la ducha donde se encargó de lavarme por completo. Una vez acabamos me hizo apoyarme con las manos en el lavabo, abrir bien y poner el culo en pompa.

Protesté, porque no estaba preparada aún para que me metiera esa no tan pequeña joya de la corona por ahí, pero él soltó una carcajada, me dio un leve azote en una de las nalgas y me dijo que iba a ponerme un poco de crema para que me aliviara si tenía alguna pequeña molestia.

Joder, cómo se notaba que era un hombre maduro y con experiencia, cualquier chico de mi edad ni se habría preocupado de esas cosas.

—Y, ahora, a vestirse y desayunar, que tengo hambre.

—Creí que ya habías desayunado —sonreí arqueando la ceja, recordando lo que había dicho antes de meter la cabeza entre mis piernas y saborearme.

—Un pequeño aperitivo —dio un leve golpecito en mi nariz—, pero follar contigo me da mucha hambre, mi preciosa niña, y tenemos que reponer fuerzas, que esta noche no te escapas.

—¡Madre mía! Pues menuda energía tiene usted, señor agente, para la edad con la que cuenta.

—Jovencita —dijo en tono de broma como si me riñera—, la edad no es más que un número. Te aseguro que estoy hecho todo un chavalín.

—Ya lo veo, ya.

Asier soltó una carcajada al verme poner los ojos en blanco, me pasó el brazo por los hombros

y salimos de la habitación para ir con los demás a desayunar.

—¡Hombre, buenos días! —gritó Abel, al vernos llegar.

—Buenos días —contesté, sonriente.

—Hija, ¿te piensas pasar los quince días metida en la habitación?

—Abel, tendré que recuperar el tiempo de estos meses, ¿no?

—Claro, claro, como tu prima.

—¡Eh! A mí no me metas —protestó Samira, arqueando la ceja.

—A ti qué te pasa, ¿es que no te ha dado lo tuyo tu Miguelín? —pregunté sonriendo.

—Lo que a mí me dé o deje de dar mi chico, es cosa nuestra.

—Lo mismo te digo —contesté.

—Si es que yo lo digo porque, a ver, que me parece muy bien que hayan venido los dos polis, y que os tengan en palmitas y locas de la vida. Que os echen un buen polvo y os dejen con las canillas temblando, pero, ¿ya os habéis olvidado que pasasteis siete meses de mierda por su culpa?

—¿A qué coño viene ahora eso, Abel? —pregunté algo enfadada.

—Pues a lo que es, Marta, a lo que es. ¿Quién nos os dice que esto van a ser otros quince días de sexo desenfundado y luego otra vez, si te he visto no me acuerdo?

—Abel, te estás equivocando con nosotros —le dijo Aitor.

—¿De verdad? Y si resulta que estáis casados y con hijos y que por eso no llamasteis a las niñas, ¿qué? ¿Quién puede asegurarnos que no es así?

—¡Abel! —grité al ver la cara descompuesta de mi prima.

El puñetero de mi amigo se estaba pasando tres pueblos. Si Samira ya me parecía que estaba algo rara cuando vio a Aitor, esto seguro que la estaba haciendo pensar en mil cosas.

—Ya vale, ¿no? —le pedí, señalando con la cabeza a mi prima a ver si el idiota de mi amigo se daba cuenta de que la estaba liando.

—Pues mira, no, que no he terminado.

—Abel... —Ahí estaba Miguel, intentando poner un poco de paz.

—Ni Abel ni nada, cariño, que solo quiero saber qué piensan hacer estos dos señores después de pasar quince días follando con las niñas.

—Lo que quieran o dejen de querer no es cosa nuestra, Abel.

—Miguel, mejor cállate no sea que tire después contra ti —le advertí.

—Venga, haya paz, ¿vale? —pidió Rebeca— Que estamos aquí para pasar unos días de vacaciones.

—Para una vez que no soy yo la que empieza una bronca... —me justifiqué.

—Ya lo sé, señora marquesa, pero venga, ya está, ¿sí?

—Desde luego, espero que después de estos días no os vuelvan a dejar más tiradas que a perros en las gasolineras, porque si os veo una sola cara triste, juro que voy a buscarlos al infierno si hace falta y les arranco los pelos uno a uno.

—Sí, los de los huevos, Abel, los de los huevos —contestó Asier, con una cara de cabreo que, vaya telita— ¡Ah, no! Que voy depilado por completo.

Juro que vi a mi amigo tragar saliva en ese instante y, si él podía ser un auténtico cabrón en ese momento, yo también.

—No será que estás celoso porque Samira y yo nos quedamos con estos dos pedazos de tíos, ¿verdad, Abel? Y no es por desmerecerte, Miguel, que tú tienes un señor polvo.

—¡Marta! —me llamó Samira sorprendida.

—Prima, no te me escandalices a estas alturas, que sí, tendremos churri, pero ojos también. ¿O me vas a decir que si Miguel no fuera *gay* no le habrías catado?

—Abel no querría liarse con otros mientras está conmigo —me dijo Miguel, todo convencido. Y, vale, puede que tuviera razón, pero, ¡qué coño! Yo también podía sembrar la duda en él.

—¿Está seguro de eso, guapetón? —pregunté arqueando una ceja al tiempo que ponía la más diabólica de mis sonrisas.

—Marta, ya basta —me pidió Aitor.

—¡Ay, primo! Vigila la retaguardia no vaya a ser que mi Abelito quiera darte calor alguna noche.

—Madre mía, ¿volvemos a los primeros días de hace meses? —escuché que preguntaba Miguel.

—¿Qué pasa, Rebeca? —le preguntó el escocés a su chica.

Ese hombre seguía peleándose con nuestro idioma, pero al menos ya se le iba entendiendo algo mejor, con su acento, claro estaba, aunque se confundía con el género de algunas palabras.

—Nada, una peleilla entre amigos —contestó ella, que no pensaba hacer de traductora.

—Mira, si hasta Rebeca se hace la inocente con su churri. Alan, indio de mis amores, que tu Rebe se quiere *fuck* a Aitor y Asier —la cara de sorpresa que me esperaba no era la que vi, sino que el tío arqueó una ceja y trató de disimular una sonrisa que no supe a qué venía.

—Mira, no te voy a negar que los polis están de muy buen ver y follables —soltó Abel—, pero no me quita nadie de la cabeza que os quieren solo para pasar el rato.

—Pues entonces pensemos igual de Miguel. Este chiquillo tiene que tener aquí algún amorío para entre semana y todo ese tiempo que habéis mantenido la relación en secreto.

—Mira, Marta, vete un poquito a la mierda —Abel se levantó, soltó la servilleta de mala gana en la mesa y empezó a alejarse de nosotros.

—¡Encima! ¡Si el que has tirado mierda por la boca has sido tú, desgraciado! —grité mientras se iba.

—Menudas vacaciones nos esperan —vi a Aitor llevarse las manos a la cabeza.

—Esto tenéis que solucionarlo, yo no aguanto otros quince días de mierda como la otra vez —dijo Rebeca.

—¿Se puede saber qué cojones le pasa a Abel? —pregunté— No le había visto nunca así con nosotras, Miguel.

—Yo solo sé que está preocupado por vosotras, que ahora estáis bien y felices, pero... estos meses atrás me decía que os veía muy mal a las dos.

—Pues que no se preocupe, que si el poli me manda a la mierda ya haré yo por olvidarle, maldecirle y querer que se le caiga la cosita a cachos.

—¿Cosita, preciosa? —me preguntó pasándome el brazo por los hombros.

—Será mejor que vayas con Abel —le dijo Samira a Miguel.

Él asintió, se puso en pie y antes de alejarse, me miró con una pena en la cara antes de hablar que me reñí a mí misma por lo que había dicho poco antes.

—¿De verdad crees que sería capaz de estar con otro, cuando quiero a Abel más que a nada, y que no tuve valor de contarles la verdad a mis padres? En esta zona nos conocemos todos, y dudo que mi secreto hubiera quedado tan bien guardado.

Fui a contestar, pero se marchó de allí con las manos en los bolsillos sin darme opción a abrir la boca.

—Y nos queríamos perder el desayuno esta mañana —le dijo Aitor a mi prima.

—Pues haber aprovechado un poquito más en la cama, primo, como nosotros —le guiñé un ojo

y él empezó a reír negando.

—Marta, de verdad, me quedo alucinada con tu resistencia, prima —Samira tenía la mano en el pecho, en plan sorprendida, y yo estallé en una carcajada.

—No, no, si aquí lo raro es que el madurito este tenga tanta marcha en el cuerpo. ¡Si es él quien no me deja descansar!

—Vamos, que estamos todos en plena forma, por lo que sé ve —dijo mi poli, cogiéndome por la cintura y sentándome en su regazo.

—¡Eh, eh! Para hacer vuestras cositas, os vais a la habitación, que yo quiero desayunar tranquila —se quejó Rebeca.

—Tranquila, que yo tengo un hambre que me comería todo lo de la mesa. Así que, buen provecho, damas y caballeros —dije cogiendo un bollo que me llevaba llamando un buen rato.

En cuanto acabamos el desayuno lo recogimos todo entre los seis, y Rebeca se quedó en la cocina con Alan, para ver qué podíamos comer ese día.

La verdad es que Pepa había dejado un buen cargamento de comida para todos esos días, el congelador estaba lleno a rebosar de *tuppers*, pero además había un montón de verdura fresca, así como carne y pescado congelado que podríamos preparar nosotros.

No hay que ser muy listos para saber cómo seguimos ese día, Abel no me dirigía la palabra, me miraba como si quisiera arrancarme los pelos uno a uno y se pasó todo el tiempo lo más lejos posible de mí.

El resto intentaba mediar entre nosotros, poner un poco de paz y que las aguas volvieran a su cauce, pero nada, que no daba su brazo a torcer.

—Abel —lo llamé cuando lo vi solo en la piscina, antes de la cena.

—Me voy, no tengo nada que hablar contigo —contestó.

—¡No, no te vas! Me vas a escuchar, quieras o no.

—¿Y cómo piensas obligarme?

—Pues...

No me lo pensé, me lancé a por él y empecé a hacerle cosquillas. Ese hombre tenía una cantidad de ellas y era impresionante verlo retorcerse por la risa.

—¡Para! —reía intentando que no siguiera.

Pero ahí estaba yo, erre que erre, con mis cosquillas. Hasta que fue más rápido que yo, me cogió en volandas y, ¿dónde acabamos? Sí, justo ahí, en el agua.

—¡Loco! —grité cuando salí a la superficie intentado no ahogarme.

—Y tú qué, hija de la Gran Bretaña. Que casi me da algo con tanta risa, coño. Ya sabes que me pongo muy malo.

—Lo sé, pero en el fondo me quieres. ¿Verdad que sí?

—Hoy no. Has dicho cosas muy feas para mi pobre Miguel.

—¡Que hace mucho tiempo que no sale! —solté dando palmas.

—Qué loca estás, si es que no tenía que haberte quitado el mote de, “localcoño”. Te iba de perlas, hija.

—¿Me perdonas? Por favor.

—No sé.

—¡Uy! ¡Anda lo que me dice! Te recuerdo que empezaste tú a meter mierda, ¿eh? —Lo señalé con el dedo.

—Sí, pero porque no quiero veros hechas un guiñapo después, si no vuelven a llamaros.

—Abel, tuvieron sus razones, son dolorosas para nosotras, pero puedo entenderlos. Es como tú

decías, con su trabajo corriendo riesgos...

—Marta, ¿estás enamorada, criatura?

—Creo que sí, y hasta las trancas —susurré.

Abel me acercó a él y me abrazó más fuerte que en toda mi vida, así que hice lo mismo. Ahí estábamos los dos, reconciliándonos por una tontería.

—Solo espero que el amor no te haga pasarlo mal, es jodido cuando uno se enamora por primera vez y le pega fuerte.

—¿Habla la voz de la experiencia, maestro? —pregunté sonriendo.

—Pues sí, hija, sí. Miguel es ese primer amor que tanto me hizo pasarlo mal. Su miedo a contarle a sus padres lo nuestro me mataba.

—Bueno, al final sacaste pecho y pusiste las cartas sobre la mesa, y de forma literal, que ahí arriba subido parecía que ibas a dar un discurso importante.

—Eso para mí fue muy importante, Martita.

—Lo sé, Abelito.

—¿Ha vuelto la paz a esta casa? Joder, que esto ya iba a parecer otra vez el Gran Hermano ese —dijo Asier, que no dudó en tirarse a la piscina y quitarme de entre los brazos de mi amigo, cogirme en volandas y besarme.

—¡Ole ahí! Aviso, en la piscina no se tiene sexo —dijo Miguel desde fuera.

—Eso ya lo veremos —contestó Asier, que no dejaba de mirarme y pude ver que ese hombre ya tenía un plan en mente.

—Miedo me da esa mirada.

—Pues no la temas, que solo quiero hacer que sientas mucho, mucho placer.

Volvió a besarme y poco después estábamos todos listos para cenar.

Desde luego, cada día en este lugar era una aventura. ¿Qué nos depararían los siguientes?

Capítulo 6: Samira



De nuevo tuve ese momento pasional con Aitor y ahora íbamos a desayunar con los chicos. ¡Qué maravilla de vacaciones!

—Ole los cuerpos de seguridad y sus primeras damas —gritó Marta, levantándose de la mesa y aplaudiéndonos.

—Puede usted sentarse —bromeé haciendo un gesto de indiferencia.

—¿Será estúpida? ¡Qué yo también tengo a mi poli malote!

—¿No me digas que es malote? —Me senté poniéndome la mano en el pecho.

—No te imaginas cuanto —puso cara de placer y Asier me miraba apretando los dientes, el tío era buenísimo, lo que me hacía reír ese hombre, era mortal de bueno, que caradura.

—Chicos, ahora que estamos todos, para luego no andar comiéndonos el coco, habíamos pensado hoy en hacer una carne a la barbacoa. ¿Todos de acuerdo?

—A mí mientras que me la acompañéis con un buen vino, me podías poner hasta alpiste para los pájaros —soltó Marta, causándonos una risa.

—Bueno, votos a favor —dijo Rebeca y Alan la miraba con esa cara que me hacía tanta gracia de no enterarse de nada.

—Esta noche deberíamos jugar al escondite —dijo Marta.

—Sí hombre, para eso jugamos al teto a quién pille, meto, meto —soltó Miguel, y por poco me ahogo de la risa.

—¡Me la juego! —dijo dando un golpe en la mesa Rebeca y levantándose.

—Yo paso, aquí se puede liar la de Dios padre y toda la corte celestial —reí.

—Prima que cobarde eres, aquí vamos a jugar todos, así que empieza a beber que, para entonces, estarás desmadrada.

—¿Qué dices! Aún ni acabé de desayunar y encima me queda resaca de ayer, quita, quita.

—Tú vas a jugar así te arrastre a esconderte conmigo cogiéndote por la melena.

—Marta, no empieces...

—No, no he empezado, os vais a enterar el día que os espera hoy.

—Di que sí —Rebeca como no, animándola a liarla.

—Yo me encierro en mi cuarto y no entra ni Dios —advertí ante la mirada sonriente de Aitor.

—¿Tú de qué te ríes? ¿Quieres jugar y que te la metan por detrás? —pregunté a Aitor, causando la risa en todos.

—Para nada, pero puedo ayudar a que a ti sí.

—Uy lo que ha dicho —dijo Marta, poniéndose la mano en la frente —. Hijo, ¿tú no sabes que mi prima va más para monja?

—No tenía constancia —se hizo el tonto.

—Anda y que os den un poquito a todos —saqué el dedo corazón.

—Por cierto, mi *macho men* trajo un regalito para todos, así que esta noche antes del escondite

que sepáis que tenemos fiesta y nos tenemos que poner la falda típica escocesa que hay una para que cada uno.

—Venga ya hombre —dijo Aitor riendo.

—Pues ahora os jodéis y os la ponéis. ¿No queríais teto? Pues os viene que ni pintada —hice un corte de mangas.

Mi prima estaba desmadrada, madre mía, no sabía que le pasaba, pero tenía una revolución en todo su cuerpo, que tarde o temprano conociéndola, veríamos por donde salía.

Aitor estaba de lo más cómplice en miradas conmigo, me cogía la mano a cada comentario, me la acariciaba, a mí me encantaba que se deshiciera en mimos hacia nosotros.

Era increíble lo que se había forjado en lo que iba a ser siete meses atrás un simple fin de semana.

Esa mañana fue buenísima, ya me imaginaba a todos con esa falda escocesa y los hombres, sobre todo. Rebeca dijo que estaba prohibido ponerse nada debajo y claro, ya estábamos finas de cerveza, todos terminamos aceptando y después de comer nos fuimos a descansar quedando en vernos sobre las ocho de la tarde todos en camiseta blanca y la faldita.

—¿Te fías de la que se va a liar? —preguntó Aitor, muerto de risa abrazándome y cayendo sobre la cama.

—No, pero lo que me voy a reír es poco.

—Yo a los que temo es a Abel y Miguel, pero me lío a hostias y me quedo solo rápidamente —nos reímos.

—Pues yo al que temo es a Asier —negué riendo.

—Lo mato si te toca.

—Será si yo te lo cuento —carraspeé.

—¿No lo harías? —Me miró en plan poli.

—Según — no dejaba de reír, pues ver su cara era lo mejor.

Estuvimos un poco charlando y nos quedamos dormidos, la verdad es que la cerveza había hecho estragos en nosotros.

Varios golpes en la puerta hicieron que nos despertáramos y joder, miré el reloj y eran las ocho y media de la tarde.

Me tuve que echar a reír cuando fui a abrir y me encontré a Asier con la faldita, unas deportivas y la camiseta de manga corta blanca.

—Dejad de follar que ya estamos todos en la zona de la barbacoa.

—No hemos follado, hemos dormido.

—Genial, entonces podemos echar uno rapidito.

—Pregúntale al jefe —señalé a Aitor, que carraspeo aguantando la risa.

—Da igual, me voy mejor —dijo poniendo cara de susto y desapareciendo.

Aitor no quería salir de esa guisa, pero estaba monísimo, me eché a reír al verlo así y mi falda de lo más corta, vamos parecía una colegiala que se la remangaba para que quedara bien corta.

Cuando salimos y nos vimos a Abel y Miguel con esas cortas faldas, sus camisetas de tirantes como nosotras y los labios en rojo, nos tuvimos que echar a reír.

Marta y Rebeca estaban desfadas, todos comenzamos a tomar vino, ellas decían que había que poner reglas para el juego.

Música, risas, alcohol, barbacoa y a las doce de la noche dijo Rebeca que comenzaba el juego.

—Voy a decir las pautas a seguir... —Rebeca se subió para hablar a la mesa.

—A rezar —murmuró Aitor, para que solo yo lo escuchara.

—Vamos a organizarnos para que no se lie la cosa.

—Se va a liar de todas maneras —soltó Abel, causando un ataque de risa en todos.

—Tenemos varios objetos —Marta le dio un neceser y todos nos miramos riendo. ¿Qué se les habría ocurrido? —. Primero tenemos un vibrador.

—¡Lo quiero! —gritó saltando Abel emocionado.

—¿Qué vibrador? ¿No íbamos a jugar al escondite? —pregunté riendo, negando.

—Escuchadme — estiró las manos con el vibrador en una de ellas —. Os explico y al final nos peleamos, ¿ok?

—Vale, vale —respondí riendo.

—Tenemos no solo un vibrador, tenemos cuatro.

—Mira para ellas y para mí —dijo Abel emocionado.

—Y yo, ¿qué? —le preguntó Miguel, indignado.

—Tú luego, un ratito cada uno —le contestó tocándole el hombro.

—Bueno, escuchadme, tenemos cuatro vibradores que irán en cuatro saquitos diferentes, cada uno de ellos llevará un gel estimulador y un poco de vaselina, además de un *Satisfayer* que ya me encargué de comprar todo y los chicos me lo pagaron.

—Eh, que dijiste que era para uso personal, no en un juego —soltó Aitor y lo miré queriéndolo matar pues él, también había ido cargadito.

—Os calláis y termino, luego los ruegos y preguntas.

—Madre mía, que lo estoy viendo —murmuré causando una risa en Asier, que estaba a mi otro lado.

—Dentro de la bolsa hay también unos grilletos, pero no son de estos —señaló a Asier y a Aitor —, son del chino —nos echamos a reír —. También hay otros objetos según el saquito.

—¿Eso qué es un saquito o un petate militar? —pregunté muerta de risa.

—Los saquitos están cerrados y dentro de una caja a pie de la chimenea. Los cuatros chicos tienen que ir para escoger una de ellas, de dentro sacaran el saquito que contiene muchas cositas aparte de lo que os nombré.

—Y mientras ellos lo cogen nosotras corremos colina abajo sin mirar atrás, ¿no? —pregunté muerta de risa.

—Para nada, ahora mismo vamos Marta y yo, por las cajas y os seguimos explicando.

Le hizo un gesto y fueron dentro, Abel estaba que se salía del pellejo, me tuve que reír a más no poder, la cara de Asier era de lo más amenazante y la de Aitor, negando y riendo todo el tiempo.

Aparecieron con las cajas y la pusieron sobre la mesa, cada uno escogió un color y ya estaban asignadas.

—Bueno, ahora me voy a poner seria —dijo Rebeca y nos echamos a reír, ahí había de todo, menos seriedad —. Los chicos se quedarán aquí, nosotras tres y uno de ellos dos —señaló a Abel y a Miguel, nos iremos con un tiempo de cinco minutos a escondernos en cualquier parte de la casa y ojo, está a oscuras, así que guiaros por la luz de la chimenea y algunas luces de emergencia. Cada una nos esconderemos en diferentes habitáculos y lugares, luego ellos tienen que ir a buscarnos y cuando nos encuentren por separado decidir si quiere usar uno de esos objetos con esa persona o seguir buscando a otra, inclusive lo puede usar con varias que encuentren, para todo ello tienen una hora.

—Más vale que me encuentres —dijo Abel —, porque ninguno de estos va a usar nada conmigo —nos echamos a reír.

—¿Y nosotras qué ganamos? —pregunté resoplando.

—Aparte del placer, si no quieres que te pillen escóndete bien, pero yo te digo una cosa, esta noche es de travesuras y si fuera vosotros, me relajaba y disfrutaba, al menos yo haré eso — carraspeó.

—Como yo os encuentre os meto el vibrador por el culo, avisada quedáis —dijo Miguel —Y os garantizo que sé usarlo mejor que todos estos — la cara de Aitor era un poema.

—Bueno escuchadme, en este momento somos sumisas de ellos durante una hora, así que no podemos protestar ante nada, de todas formas, nos tienen cariño los chavales. No creo en que osen en jodernos vivas, aunque conmigo no tengan pena, estoy abierta a todo, esta noche. Y algo importante, si un chico está con otra chica y como todos los lugares tienen pestillos, se echará para que no pueda entrar nadie más.

—¿Y si no quiero jugar?

—Te joderemos el resto de las vacaciones —me contestó en tono amenazante.

—Joder, pero en serio, ¿sabéis cómo nos van a dejar estos?

—Prima, no me seas más monja y disfruta, ¿eh?

—Está bien, me levantaré los hábitos —volteé los ojos.

—Pues tenemos cinco minutos para escondernos a partir de, ya—salió corriendo.

Me tomé un chupito de un trago y ante la mirada de Aitor, con esa media sonrisa y el arqueado de ojos, salí corriendo.

A ver dónde me metía yo, pues con mi mala suerte, seguro que me encontraba Miguel y ya me daba algo.

Corrí y terminé en el baño de chicos que había dos individuales dentro, así que me metí en uno, dejé la puerta entreabierta para disimular y me subí al wáter.

Un poco después, escuché a los chicos reír chillando y buscándonos, aguanté la risa. Por mi vida que me encontrara Aitor y se tirara la hora conmigo

Ni dos minutos y escuché a alguien entrar al baño, abrió la puerta de al lado y cogí aire, pero no abrió la mía, ya estaba medio abierta y dio por hecho de que no había nadie, aguanté la risa a más no poder, no me habían pillado.

Un poco después la puerta volvió a abrirse y lo mismo, abrieron antes la de al lado, pero esta vez sí abrieron la mía y me puse la mano en la cara al comprobar que era Asier.

—No me pude topar con mejor regalo —dijo echándome las manos para bajarme de ahí.

—Te juro que me lo temía —dije riendo, saliendo a la zona común del baño y Asier directamente echó el pestillo.

Me apoyé negando sobre el mueble del lavabo y colocó el saco a un lado.

—Podría irme, pero otra ocasión como esta no tendría, así que te toca estar para mí —me hizo un guiño abriendo el saco.

—Me tengo que echar a temblar, ¿verdad?

—Para nada, pero la camiseta ya te la puedes quitar, la falda no, ya que me da mucho morbo.

Negué quitándome la camiseta y dejando los pechos al descubierto, para colmo debajo de la falda no llevábamos nada, pues imaginad lo fácil que lo iba a tener todo.

Me sentó a un lado del lavabo que había bastante amplitud y me apoyé en el espejo, me hizo poner las piernas arriba y abiertas, no me lo podía creer, pero es que, con Asier, como que algo de confianza tenía.

—Relájate, solo quiero darte placer — dijo echándose un gel en las manos y llevándolas a mis pechos para extenderlos en ellos mientras pellizcaba con intensidad.

Gemí por placer que se entremezclaba con dolor y me puso una esponja alargada en la boca

para que la mordiera y no hiciera ruido. Lo que me faltaba por ver...

Me penetró bien fuerte en la vagina mientras movía sus dedos sin tregua pellizcándome los pezones, luego los sacó y se puso un preservativo en el dedo, me miraba con intensidad, morbo, yo sabía que le ponía mucho tenerme expuesta ante él.

Llenó el dedo de vaselina y lo metió por detrás con cuidado, pero sin perder el tiempo, grité entre esa esponja que tenía en mi boca y comenzó con la otra mano a estimular mi clítoris, no tenía piedad, me estaba llevando a un punto que pensé que no iba a aguantar y terminé corriéndome, escupiendo aquella esponja y quedando casi desfallecida.

Sin dejar que me repusiera echó mis piernas hacia él y comenzó a lamer toda mi zona húmeda, la mordisqueaba y metía su lengua todo lo que podía. Yo me agarré a su pelo, creí que de esta no sobrevivía, era demasiado placer junto y ya estaba como para estallar.

Quitó su cabeza, me pegó a él y me penetró por la vagina con su miembro, cogiéndome en alto y pegándome a la pared, sujetándome con sus manos mientras hacía unos movimientos de lo más fuertes, era una penetración de esas que no te dan lugar a respirar ni un momento.

Cuando terminó, se quitó el preservativo y se puso otro, no me lo podía creer, me giró, echó sobre el mueble aquel y la puso en la entrada de mi ano, comenzó a meterla y a follarme por detrás mientras mirábamos al espejo. De aquella no sobrevivía.

Terminó, se quitó el preservativo, me giró y comenzó a besarme sonriente.

—Te has salido con la tuya —le dije negando y casi sin respiración.

—Estaba loco por hacerlo —mordisqueó mi labio y apretó mi pezón.

Cuando se marchó me entró una pena muy grande ¿Y si mi Aitor le estaba haciendo a las chicas lo mismo que me hacían a mí? Se me saltaron las lágrimas y me dije que pasaba de ese juego, pasé de todo y salí afuera directa a coger una copa y al llegar me vi sentado a Aitor en la barra solo bebiendo, me quedé a cuadros.

—¿Qué haces aquí?

—Ya las encontré a todas —sonrió con tristeza.

—¿Y?

—No quiero tocar a nadie que no seas tú —en ese momento se me cayó el mundo encima y yo venía de... ¡Gilipollas! Eso era lo que yo había sido, una gran gilipollas —¿Y tú que haces aquí?

—Me encontró Asier y después de que pasara me dije que no era lo que yo quería —se me cayeron las lágrimas.

—Lo podrías haber pensado antes, no imaginé que fueras capaz... —No me miraba a la cara, solo jugueteaba con su vaso y a mí se me estaba partiendo el alma.

—No seas injusto, podríamos haberlo hablado y negarnos.

—No me hacía falta, yo tenía bien claro lo que quería desde que pisé este lugar de nuevo, venía a por ti, no a compartirte con nadie, ya los juegos quedaron para mí atrás el día que nos despedimos.

—Lo siento —dije con tristeza.

—Yo también —sonó a que no quería saber nada de mí.

Cogí la llave de la habitación y me fui a esta llorando, ni siquiera hizo el amago de pararme. Me sentía sucia, lo había traicionado y eso me partió el alma.

Por el camino me encontré a Marta y le dije que me dejara, me metí en el dormitorio, me quité la maldita falda, me puse una braga y me acosté. Lloré en soledad no sé cuánto tiempo antes de quedarme dormida.

Capítulo 7: Samira



Abrí los ojos y lo vi vistiéndose para salir hacia fuera, ni me miró, ni me había dado cuenta de que había dormido en la habitación, me estaba muriendo de la pena y es que no podía decirle nada.

Me duché entre lágrimas y salí afuera, yo no sé lo que pasó la noche anterior, pero aquello parecía un velatorio y nadie hablaba.

—Quiero pedir disculpas por lo de anoche, no debí proponer ese juego —dijo Rebeca.

—Pues yo me lo pasé pipa —respondió Marta.

—Tú sí, pero otros no —contestó Abel, reprochándole ese comentario que en estos momentos estaba fuera de lugar.

—Yo he pensado irme —solté teniendo claro que allí no aguantaba ni un día más con Aitor, sin perdonarme aquello.

—Debe abandonar la casa...

—¡Tú eres gilipollas! —le riñó Abel a Miguel, por esa broma que solo le hizo gracia a Marta.

—Chicos lo siento, pero ahora en un rato recogeré mis cosas, llamaré a un taxi para que me lleve al tren y volveré a mi casa.

—Tú no vas a ir a ningún sitio —dijo Abel, dando un golpe en la mesa y Aitor ni gesticulaba.

—Yo iré donde me dé la gana, ahora ya voy a empezar a decidir por mí, viendo que si sigo a los demás la cago, pues ahora haré lo que me dé la gana —dije tomándome el café y marchándome a la habitación.

Lloré a mares mientras me maldecía por haber metido la pata hasta el cuello, lo había hecho y bien, en ese momento llamaron a la puerta y al abrir era Asier.

—Escúchame Samira, sé que estáis así por mi culpa, ayer discutí con él, no pensé que no quisiera jugar y la verdad es que metí la pata.

—La pata la metí yo y bien grande —cerré las maletas.

—Vamos a hablar, vamos a pasear, no hagas ninguna tontería.

—No quiero, me quiero ir a mi puta casa y olvidarme de esto de una vez.

—No lo hagas, ese hombre te ama.

—Ese hombre no me perdona lo que hice, no me habla, me trata como si no existiera, ¿o no lo ves?

—Lleva su dolor por dentro, debes darle su tiempo.

—Todo el del mundo, así se queda solo para pensar, pero yo me voy —agarré las maletas y me paré.

—Solo te pido que des una vuelta conmigo y hables.

—No, que vamos a cabrear más a tu amiguito —dije con retintín.

—Estás con rabia, pero de verdad, no te puedes ir, no nos puedes dejar con esta fea sensación a

todos.

—Vosotros podéis seguir disfrutando, pero yo me voy.

—Déjame con ella —escuchamos, nos giramos y estaba Aitor en la puerta.

—Claro — Asier salió de allí y Aitor entró cerrando la puerta.

—Si te vas a ir, yo también, te llevo a tu casa.

—No, tú te quedas aquí, disfruta de tus días —dije con rabia.

—¿No entiendes que me destrozaste ayer la vida?

—¿La vida? ¿En serio? Creo que te estás pasando un poco.

—Me has roto en mil pedazos, yo quería construir una vida contigo y te iba a pedir que vinieras a vivir conmigo, que estudiaras en la universidad de mi ciudad y comenzáramos una vida en común —dijo causándome la misma sensación que si me estuviesen clavando varios cuchillos en el pecho.

—¿Y qué cojones quieres que haga cuando me hablas en pasado? ¿La he cagado? Hasta el cuello, pero vale ya, si no quieres saber de mí... ¿Qué cojones te importa donde yo vaya?

—Solo te estoy diciendo que te llevaré yo.

—¡Vete a la mierda! Yo también tengo sentimientos y estos juegos me los enseñaste tú ¿O en aquel entonces me tratabas como una puta?

—Cuidado con lo que dices...

—Me importa una mierda lo que salga por mi boca, me piro y déjame en paz, no necesito que nadie me lleve a ningún sitio, se ir sola —agarré las maletas y me las quitó de las manos.

—No vas a ir a ningún sitio —dijo apretando los dientes y muy enfadado.

—¿Me vas a obligar a quedarme aquí?

—Sí hace falta, sí.

—Vete al carajo, escúchame bien, vete al carajo —dije pegando mi cara a él, con mucha rabia. Se giró y cogió algo, agarró mi mano, me puso una esposa y él se puso la otra.

—Nos vamos a ir los dos al carajo, las llaves no las vas a encontrar.

—¿Qué haces gilipollas?

—Vamos afuera y terminas de desayunar.

—¡Quítame esto! —grité a punto de darle una hostia cuando me cogió en brazos y me sacó hacia fuera.

Le fui dando patadas y diciendo todo lo que me salía por la boca, pero nada, me llevó hasta los demás, que nos miraron alucinando y Asier cuando vio que me había esposado a él, no se lo podía creer.

—Te pienso denunciar, esto que estás haciendo es ilegal y en contra de mi voluntad, te voy a meter un paquete que te vas a cagar —dije cogiendo un cigarro.

Miré a Marta, que tenía la mano en la boca y se estaba riendo.

—Prima no te enfades es que el chaval tuvo gracia poniéndote eso y dejándote a su lado por cojones.

—A ti te hará gracia, pero a mí ninguna, te lo puedo garantizar y esto va a terminar fatal, de estas vacaciones os vais a acordar toda vuestra puta vida.

—Prima que tú no hablas así de mal, que esa soy yo.

—Qué te jodan, Marta, que te jodan —eché el humo del cigarro con fuerza.

—Cállate ya —le avisó Abel, dándole una colleja.

—Joder que poco sentido del humor —se quejó Marta.

—Yo quiero saber hasta cuando cojones tengo que estar así —levanté la mano y por ende levanté la de él.

—Hasta que se te quite de la cabeza el irte —respondió Aitor, encima en plan chulesco. Mandaba huevos la cosa...

Me untaron las tostadas porque yo pasaba de intentarlo con esa mano colgando que llevaba al lado de la mía y lo peor de todo es que pocas veces había sentido rabia, pero cuando lo hacía era para echarse a temblar y me estaba calentando yo sola. Se me pasaba cada cosa mala por la cabeza, que nadie se podía imaginar.

Tras el desayuno me metí en la piscina, bueno, ni me preguntó me llevó hasta esta y le pedí a Abel que me echara un cubata.

—¿Un cubata a las once de la mañana? —me preguntó alucinando.

—Y si fueran las ocho también, así que ponme uno si no quieres que la lie, que ganas no me faltan — me senté al borde de la piscina y Aitor se quedó a un lado con su mano para arriba, encima es que era tonto.

Comencé a beber y beber tanto, que a la hora de la comida tenía una cogorza increíble.

—Yo me cago en todos vosotros —dije señalando a todos mientras me comía con una mano la hamburguesa con más hambre que todas las cosas.

—Tú cágate, pero deberías dejar el cubata al menos mientras comes.

—Ah no, yo hoy caigo en un coma etílico, verás que gracioso cuando me tenga que llevar al hospital y vayamos de esta guisa —levanté la mano —. A no ser que me suelte para que no vean lo que hizo conmigo —me encogí de hombros.

La cara de Aitor era de enfado total, pero vamos, con las copas que llevaba encima me importaba una reverenda mierda, hablando como la ocasión lo requería.

La tarde la pasó tirado en una de esas hamacas grandes que cabíamos todos, yo bebiendo y el durmiendo.

Cuando lo vi durmiendo me entró la risa y para desgracia de él, se me escapó todo el buche que tenía en la boca, sobre su cara.

Abrió los ojos me miró, me quitó la copa y tiró de mí hasta la piscina, todo sin mediar palabra, para enjuagarse claro está, pero ya se podría haber echado agüita en la cara.

Todo el día estuvimos así, sin hablarnos, luego nos fuimos por la noche a la habitación y ni nos duchamos, del agua de la piscina a la cama, mirando cada uno hacia un lado con las manos unidas por las esposas en medio, de película. En fin...

Capítulo 8: Samira



Me desperté y vi que él ya estaba con los ojos abiertos mirando hacia el techo, imaginé que esperando a que yo también lo hiciera para poder ir a desayunar.

—Buenos días, nos duchamos y salimos a desayunar.

—No me pienso duchar contigo, antes me corto las venas —solté sin dar los buenos días.

—Pues empieza —se comenzó a levantar y a tirar con su otro brazo de mí.

—¿Te crees que me vas a tener aquí así de esta forma?

—Hasta que no se te pase la idea de irte...

—No me toques los ovarios, que me da igual que seas poli, no te lo voy a permitir.

Entramos al baño, cerró el pestillo y me quitó el grillete para que me desvistiera, hice el intento de escapar, pero nada, me quitó la camiseta, volvió a poner los grilletes, dejó la llave dentro del cajón y me metió en la ducha mientras yo le decía de todo.

—No me quiero duchar contigo, no quiero estar desnuda contigo, no quiero que me roces y no quiero estar aquí.

—Te vas a duchar... —su tono era serio.

—No me voy a duchar hasta que me dejes irme, así que me vas a aguantar oliendo a perros muertos.

Ni tiempo me dio cuando me echó por la cabeza el champú.

—Lávatela.

—No me da la gana y me estás tocando los ovarios — no me dio tiempo a terminar cuando me echó el gel por los hombros y le di un manotazo que cayó el bote al suelo.

Me miró y me agarró metiéndome debajo del grifo.

—Más vale que nos llevemos bien.

—¿Me estás amenazando?

—No, pero por tu comodidad y la mía, más vale que empieces a comportarte como una persona.

—No me da la gana —sonreí con ironía.

—O te enjabonas tú, o lo hago yo —puestos a elegir prefería que él, pero vamos que no me iba a bajar del burro.

—Ponme una mano encima y te doy una hostia que no vas a querer venir a por... —ni tiempo me dio a terminar cuando ya tenía su mano llena de gel y frotándome por el cuerpo.

—Dámela, si no tuviste bastante con lo de Asier... —No lo dejé terminar cuando se la di, pero a mano abierta. A mí, no me iba a recriminar en lo que él fue el primero en meterme.

Me miró con rabia y siguió enjabonándose, yo me quedé callada y paralizada, le había soltado un hostión y yo era de las que siempre pensaba que lo último que había que hacer era levantar la mano a nadie.

Noté como metió su mano entre mis piernas sin dejar de mirarme, me penetró por delante con sus dedos llenos de gel y luego detrás, pero sin profundizar, cogió el mango de la ducha y comenzó

a aclarar mis partes, yo estaba que no sabía ni que decir, esto se nos estaba yendo de las manos.

Comenzó a quitarme el champú de la cabeza masajeándola sin decir ni media, en su mirada podía ver el cabreo que llevaba y más por la hostia que le había dado.

—En mi vida te hubiera puesto una mano encima —me dijo cerrando el grifo y saliendo fuera, donde me dio una toalla para que me secara.

—Quiero irme de aquí —dije con tristeza.

—No te vas a ir a ningún lado.

Salimos de allí y volvió a quitarme el grillete para que me vistiera, luego no tardó en volvérmelo a poner.

Nos fuimos afuera con la cara que me llegaba al suelo, todos nos miraron aguantando la risa.

—Joder ¿Aún la tienes castigada?

—Cállate, Abel, cállate que te juro que este se llevó una hostia, pero tú te llevas otra —dije sentándome y a todos se les quitó la sonrisa de la cara.

—¿Le has pegado a un agente de la autoridad? —preguntó mi prima.

—Tú más tonta y no naces, por mi como si es juez, me lo paso por el mismísimo.

—Pues sí que está la cosa calentita —murmuró Miguel.

—Yo tengo unas putas ganas de que todo esto acabe para irme a mi casa y no volver en la vida, que no os lo podéis imaginar.

—Y nosotros, ¿qué culpa tenemos? —pregunté.

—Vosotros disfrutarlo, yo paso ya de todo —le di un sorbo al café —¿Me puedes atar la pierna a la silla? Estoy hasta el potorro de comer incomoda.

Se levantó, me agarró quitándome la esposa y me la puso en el pie contra la silla.

—¿Mejor?

—Vete a tomar por culo...

—Si quieres te vienes conmigo —dijo retándome y echándome en cara eso que tanto le dolió.

—Vete a la mierda —dije con rabia.

—¿A algún sitio más? Pareces agente turística —murmuró con ese rostro serio.

—Tranquilo, tú sigue tocándome mis partes, que al final te recorres toda la geografía rápido y ligero.

Marta no dejaba de reír, le había dado el ataque de risa y no se le iba, Abel le hacía gestos con la cabeza a modo de riña y yo, yo hacía como si no fuera conmigo.

—Cuando te quieras levantar me lo dices —dijo Aitor, marchándose a la barra y sentándose allí.

—¡Qué me sueltes, gilipollas! —grité y no me hizo ni caso.

Se sentó allí y me puse a reír negando, a ver, que sinceramente a mí con ese hombre se me endulzaba la vida y me alegraba que no me hubiera dejado ir, pero no se lo iba a dar a entender y, mucho menos, quería estar atada a una silla o a su mano durante todas las vacaciones.

Y lo peor de todo, es que me dolía haberla cagado y haberle hecho daño, pero es que joder, yo qué sabía. Lo peor de todo es que ahora estaba borde y estúpida de impotencia y es que no sabía cómo retomar las cosas y hacer para que me perdonara, que parecía que sí, pero no me quería como antes en su vida ¡Joder! Me estaba volviendo loca.

Me quedé en aquella mesa toda la mañana charlando con unos y con otros, Asier se sentó un rato a mi lado.

—¿Estás mejor?

—La que hemos liado pollito.

—Ya te digo, a mí me habla con monosílabos.

—Pues ya te habla más que a mí —reí.

—Creo que hay que darle su tiempo, a ti te ama y a mí me quiere, pero sí le hemos hecho daño y yo soy el primer culpable, debí haberle hecho caso y no haberte tocado.

—¿Puedo? —la voz de Aitor detrás de nosotros nos sobresaltó, joder que hace nada estaba en la piscina.

—Claro —dijo Asier y Aitor retiró la silla y se sentó.

—Os voy a decir algo a los dos: tú siempre serás mi compañero y amigo, le puso la mano en el hombro, pero me has decepcionado, eso no romperá la relación que tenemos desde hace años, pero la decepción está ahí, y a ti —me miró y casi me meo en la silla del acongoje que me entró —te quiero más de lo que imaginas y más de lo que yo pensé que se podía querer a alguien. Como amigo siempre me tendrás, de otra manera ahora me costaría la vida, pero quiero que no le destrocemos las vacaciones a nadie y que sepamos comportarnos como personas civilizadas, solo eso —le dio una palmada a Asier en la espalda, que lo dejó más blanco de lo que estaba.

—¡¡¡Suéltame, capullo!!! —le grité y me hizo desde la barra un gesto con el dedo de negación.

—Te juro que estoy alucinando, dice que seguirá estando igual conmigo, pero que lo he decepcionado y me lo dice tan campante, que sé que sí, lo he decepcionado, pero joder lo podría decir de otra manera y encima la palmadita final como diciendo, ahí te quedas.

—Peor es a mí, que me dice que me quiere más que no sé qué, me puse tan nerviosa que ni me enteré bien, pero que no podría tener algo conmigo, eso sí, atada bien que me deja. Ahora le voy a decir yo una cosita —me levanté agarrando la silla ante la cara de asombro de Asier, ya que era la única forma que tenía de irme de ahí, con ella a cuestas y llegué hasta él como pude que me miraba todo serio.

—¿Me podrías haber dicho que querías venir y no tendrías que haber cargado con la silla?

—Mira, cargo contigo, que más me da a mí cargar con la silla, vengo a que me sueltes, si no quieres estar conmigo, no estés, pero no jodas, que hice algo malo, pero no maté a nadie.

—¿Te vas a ir?

—Voy a hacer lo que me dé la gana, pero a ti no te voy a dar explicaciones —joder en ese momento me daban unas ganas de besarlo increíble, pero de que me soltaba, me soltaba.

Se agachó para quitármela y cuando me agarró de la mano para ponérmela me desaté de él y salí por patas, pero ni a la esquina llegué cuando ya me había cogido y me llevaba en volandas ante la risa de los chicos que estaban en la piscina, menos Asier que seguía en la mesa a cuadros.

Me puso al lado de él y me puso el grillete atado a una barra que había por debajo de la tabla de la barra, yo estaba descojonada de la risa y él, con una cara que mataba gente.

—Te voy a decir una cosa, me estoy riendo, pero cuando me sueltes me voy a tirar todo lo que se menee.

—¿Te crees muy graciosa?

—¿Y tú qué cojones te crees, que soy una delincuente?

—Solo me tienes que dar tu palabra de que no harás ninguna tontería en irte y te suelto.

—Voy a hacer lo que me dé la gana —el caso es que no le iba a decir lo que quería escuchar porque si no, no lo tendría a mi lado, así al menos tenía tema de discusión con él.

—Pues te quedarás así...

Y así nos tiramos todo el día, literalmente, todo el día, discutiendo. Yo lo ponía verde, los demás me hacían gestos para que me relajara y yo les decía a todos que no tenían vergüenza por permitir eso.

Por la noche nos fuimos a dormir directamente, yo creo que Aitor llevaba un gran dolor de cabeza de escucharme, pero ¿a quién se lo ocurriría no soltarme?, a él, pues que se aguantase.

En el fondo estaba haciendo la gilipollas y lo sabía, pero era el resultado de la rabia que tenía dentro de que él me dijera que no iba a estar conmigo y que como amiga siempre. ¿Para qué lo quería como amigo? Ni de coña, me negaba a ello, yo lo quería a él y si no lo tenía, puerta, que no iba a sufrir viendo como vivía su vida feliz mientras a mí me caían dos lagrimones.

Capítulo 9: Samira



Noté que se movió y me desperté, lo miré y lo pillé mirándome, le sonreí con ironía

—¿Me vas a meter el dedo por el culo ahora en la ducha?

—¿Quieres? —preguntó con una seriedad que asustaba.

—No, hijo, no, lo que si te pido es que me dejes ducharme sola y me esperas en la puerta del baño, si puede ser, claro.

—Claro.

Me levanté y él, por supuesto, venía detrás, faltaría más.

Entró conmigo, me quitó el grillete y se salió, yo aguanté la risa, pero es que no podía ser de otra manera, la que estaba liando porque no me fuera y yo por llamar su atención ¿Así de gilipollas te volvía el amor?

Me duché, luego entró él cuando abrí y me dejó atada antes a una barra de la ventana, aproveché para saludar a todos los que iban pasando que se morían de la risa, así de capullos, nadie hacía nada por mí, les importaba una mierda que estuviera atada ¡Vayas amigos!

Cuando salió Aitor y nos vestimos nos fuimos atados hacia fuera, yo aproveché para cogerle la mano.

—Es que así me da menos sensación de estar presa —dije cuando me miró.

—Me parece genial —su tono era entre uno que acababa de ser despedido o uno que había descubierto a su mujer con otro, aunque esto segundo pegaba más. Lo que me tenía que aguantar de reír, por Dios.

—Madre mía que cara de mal follado que llevas, bueno, de nada follado, a no ser que me hayas soltado por la noche y te hayas ido a hacer por ahí algo.

—Estás muy graciosa, ¿no?

—Pues anda que no te queda a ti nada hoy, estoy con un chute de energía que, cuidadito como me dé por gastarla.

Me ignoró y llegamos a la mesa donde nos saludaron entre risas, bueno todos menos Aitor, que no se reía ni, aunque le contáramos un chiste.

Me dejó en la mesa toda la mañana después del desayuno porque yo le dije que quería estar allí, luego nos metimos un rato en la piscina tras comer, nos echamos en las hamacas y a las nueve nos comimos un sándwich y después de eso le dije que me quería ir a la habitación, ya estaba hasta el mismo de todo y no tenía ganas de ver a nadie, solo dormir, mi estado de ánimos había caído en picado, nada que ver con lo que le dije de que estaba de lo más enérgica.

—Me puedes dejar aquí atada e írte, por mi tranquilo, prefiero estar sola —dije cuando me estaba desatando.

—No, se acabó andar atados... — Se sentó a mi lado —¿Qué necesidad tenías de que otro te hiciera lo que te podía haber hecho yo? —me preguntó con un tono de voz que no era el que llevaba días atrás.

—No te voy a explicar de nuevo lo mismo, lo vas a ver cómo quieres verlo, entonces, ¿para qué voy a seguir esfor...?

Me besó y se echó a reír, yo me quedé sin saber a qué venía eso, lo miré perdida, confundida. Y ahora, ¿qué pasaba?

—¿Te acuerdas que me bromeabas con un affaire con Asier antes de que pasara?

—Sí, pero en broma.

—Te dije mil veces que no fueras por ahí, que yo también sabía gastar bromas muy pesadas...

—¿Y?

—¿Te piensas que te voy a dejar?

—Aitor, me estás volviendo loca, no entiendo nada.

—Yo también sé gastar bromas y me lo he pasado pipa estos dos días — se tiró encima de mí, echándome hacia la cama.

—¿Me estás diciendo que...?

—Ajá —mordisqueó mi labio.

—¿Me estás diciendo que...?

—Ajá —me besó.

—¡Eres un hijo de puta! —Le tiré de los pelos riendo y queriéndolo matar.

—Las cosas duelen y te dije que no lo hicieras, pero no, no me enfadé, me dolió mucho y maldije el no haberte frenado antes, pero no, el resto fue una broma para hacértelo pagar.

—Eres un desgraciado —me eché a llorar entre risas, tenía los nervios metido en la barriga.

No me podía creer el talante que había tenido esos dos días en los que yo le decía de todo, encima lo retaba y él, aguantó de reír o de hacer algo que dejara entrever que era broma, pero, ¿cómo era posible?

Me secó las lágrimas y se me hizo hasta un nudo en la garganta, lo quería matar mientras me abrazaba y besaba mi cuello ¿Cómo podía haberme hecho eso durante cuarenta y ocho malditas horas?

No lo quería ni mirar, me sentía ahora gilipollas, pero también a gusto de haberle dicho de todo, total, se había estado quedando conmigo.

—Prométeme que jamás volverás a dejar que pase algo fuera de mí.

—Ah no, ahora te jodes y te vas a quedar con la duda —dije en plan chula aun llorando.

—Prométemelo.

—No —reí y me cogió en brazos para llevarme a la ducha.

Nos empezamos a besar y comenzaron las caricias, esas que yo tanto necesitaba y había echado tanto de menos ¿Cómo podía haber malgastado ese precioso tiempo en el que nos perdimos tantos besos?

Lo que estaba claro es que le había dolido mucho que pasara eso con Asier, aunque le hubiera molestado con cualquiera. Estaba claro que tanto él, como yo, teníamos sentimientos de verdad.

Tras hacerlo le pregunté si estaba enfadado con Asier o también era broma, me daba pena porque los dos se llevaban muy bien y aparte de compañeros de trabajo eran grandes amigos. Me dijo que sí, pero que nada iba a cambiar y que ya estaría mejor con él, estos días que quería que todos disfrutáramos y lo pasáramos bien.

Nos metimos en la cama entre besos y abrazos, por fin sentía la paz en mi interior que había perdido cuando él me dijo a mí y a Asier, eso de aquella manera, que cabrón, pero como lo adoraba.

Me abracé a él mientras acariciaba mi pelo, sentí que ahí es donde quería permanecer cada día de mi vida y es que desde que llegó a mi vida, se había convertido en todo el centro de ella.

Capítulo 10: Rebeca



Un nuevo día en aquel lugar del mundo donde no podría sentirme más feliz ni, aunque lo intentara.

Bueno, quizás sí, pero que sin duda estos días de vacaciones veraniegas con mi escocés estaban siendo increíbles.

Salvo por algún que otro pequeño incidente entre el resto de habitantes de la casa.

Sí, ya sé que estábamos en un hotel en plan “todo incluido” y demás, pero esto ya era como nuestra casa y, por ende, a mis ojos y los de algunos más, parecía la casa de Gran Hermano.

Teníamos de todo, desde risas y buen rollo, a momentos de esos en plan drama *queen* que, vaya telita.

Digamos que yo fui la culpable de uno de esos dramas, y la que se había liado, pues Aitor, el poli, acabó esposando a Samira con él y así llevaban ya unos días, y todo para evitar que la chiquilla se fuera con las maletas, abandonando así la casa.

Sí, todo muy televisivo.

Me desperecé y sentí que estaba sola en la cama, me giré y no vi a Alan, pero escuché el agua de la ducha.

Pues nada, una sorpresita matutina para mi escocés, que quería yo que me pusiera del revés.

Entré en el cuarto de baño, me quité la ropa más rápida que en toda mi vida antes de que él saliera de la ducha, y me metí pegándome a su espalda mientras le abrazaba.

—Hummm... qué buena está el agua —dije dándole un beso en la espalda.

—Buenos días, pequeña.

—Buenos días, amor de mis amores.

Le pasé ambas manos por el torso, fui bajándolas, poco a poco y cuando llegué a esa parte suya que ya estaba bastante despierta, lo oí reír.

—Vaya, te has levantando juguetona esta mañana, ¿eh?

—Ajá —y eso hice, jugar con mi mano en su miembro, despacio mientras dejaba besos en su espalda y con la otra mano seguía tocando su torso.

—Pequeña...

—Calla y déjame hacer, bobo. Si te va a gustar.

—Si es contigo, sabes que siempre me gusta.

—Pues entonces, cierra la boca, anda.

Seguí tocándolo como sabía que le gustaba, lo vi apoyarse con una mano en la pared de la ducha mientras que la otra la llevó hacia atrás y la metió entre mis piernas. esa vez fui yo quien reí mientras las separaba para dejarle mejor acceso.

Sus dedos, tan hábiles como siempre, abrieron bien la zona y empezaron a jugar con mi clítoris hasta conseguir humedecerme y penetrarme con dos de ellos, mientras con el pulgar seguía tocando ese pequeño botón.

Ambos jadeábamos, de lo más excitados, y acabé mordiéndole un poco en el brazo cuando me corrí.

Alan me cogió por la cintura, llevó mis manos a la pared, me hizo inclinarme hacia delante y tras levantarme las caderas, me penetró haciéndome gritar al sentirlo tan dentro.

Movía mis caderas con las manos al mismo ritmo que llevaba con las suyas, entrando y saliendo de mi interior con esas fuertes embestidas, que hacen que todo tu cuerpo tiemble al recibir las.

Sabía que él estaba a punto de acabar, pues le había dejado bastante listo con mi mano, y cuando aumentó un poco más el ritmo, y llevó una mano a mi sexo para presionar sobre mi clítoris, aquello fue la gota que rebose mi excitación. Me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo y acabé en un orgasmo de esos brutales que te dejan temblando y a punto de caer.

Alan salió rápidamente y se corrió fuera, con las prisas del momentazo no se había puesto ni preservativo.

Dejó un beso en mi espalda, me ayudó a incorporarme y cogió mi barbilla para besarme en los labios.

—Joder, cariño, eso son unos buenos días y lo demás tontería —dijo después mirándome a los ojos.

—Me alegro que te guste mi modo de darlos.

—Me encanta, pequeña.

Volvió a besarme y acto seguido se encargó de enjabonarme por completo, lavando bien cada parte de mi cuerpo, e incluso me lavó el pelo.

Aquella ducha fue distinta a muchas otras que habíamos compartido.

Salimos, me cubrió con una toalla para que me secara y él lo hizo con otra, volvimos a la habitación y antes de que pudiera vestirme me cogió en brazos y se sentó en la cama conmigo sobre su regazo.

—Tenemos que ir a la sala, nos estarán esperando para desayunar —dije mirándolo.

—Sí, ahora en un rato vamos. Antes quiero hablar contigo.

—Uy, eso no suena bien.

—¿Por qué? Solo he dicho que tenemos que hablar.

—¿Ves? Esa es la típica frase que se dice al empezar una conversación que no acabará bien. No, no quiero hablar contigo, Alan.

—Rebeca, tranquila, ¿quieres? No es nada malo.

—¡Oh, sí, claro que sí! Me vas a decir que se acabó, que esto durará hasta que acaben estos días de vacaciones y después... —Hice el gesto de limpiarme las manos sin dejar de mirarle. Me estaba poniendo nerviosa, de verdad que sí, porque no quería que aquello acabara.

Yo quería a Alan en mi vida, incluso estaría encantada de que se viniera a vivir conmigo aquí, a España.

—Pequeña, por favor deja que hable. De verdad que no es nada malo, ya lo verás.

—Vale, habla, pero te juro que si me dejas... voy a Escocia cualquier día y me dedico a poner carteles por donde te conozcan para decir que, tienes un micro pene y además se te da fatal jugar en la cama.

—¿Serías capaz de mentir de esa manera?

—¡Hombre, pues claro! Yo me quedo sin mi *highlander*, pero ya te aviso que ninguna mujer de por allí iba a querer probarte.

—Vamos, que me quedaría soltero el resto de mi vida.

—Y matándote a trabajos manuales.

—Qué mala eres, cariño.

—Venga, habla antes de que me arrepienta de dejarte hacerlo.

—Tengo un buen empleo en Escocia, y además vivo solo —confesó, y yo me quedé con los ojos abiertos ante la sorpresa.

—¡Eso es genial! —Lo abracé—, pero no me habías contado nada. ¿Desde cuándo?

—Hace cinco meses de lo del empleo, estaba esperando que fuera algo más estable porque entré para cubrir una baja, pero me han hecho fijo. Y lo de mi pequeño apartamento, desde tres semanas. No te dije nada porque quería darte la sorpresa aquí.

—Hijo, y tanto que me la has dado. Me alegro mucho por ti, amor.

—Rebeca, quiero pedirte que te vengas a vivir conmigo. Te quiero, y en todo el tiempo que llevamos hablando a través de la pantalla, o por teléfono, no he querido otra cosa que estar contigo, que compartamos nuestras vidas. El habernos visto hace meses, y en estos días, no ha hecho más que reafirmarme en lo que quiero.

—Alan... —Empecé a llorar y me abracé a él, que me sostuvo entre sus brazos mientras trataba de calmarme.

Pero no podía, no conseguía calmar ese llanto porque aquello era lo que tantas veces había querido. Dejarlo todo e irme con él, y ahora tenía esa posibilidad ante mí.

—¿Qué me dices, cariño? ¿Estarías dispuesta a dejarlo todo por venirte conmigo a Escocia?

—Sí, Alan, es lo que he querido desde hace meses —contesté secándome las lágrimas.

—No sabes lo feliz que me hace, de verdad.

—Bueno, tengo que hablar con mi jefe, pedir una excedencia por un año e irme contigo a probar suerte allí, si me va bien dejo el supermercado de mi pueblo para siempre y me quedo contigo en tierras escocesas.

—Seguro que te irá bien, además, te gustará vivir allí. Y no estarás sola, mi madre está deseando conocerte, te ha visto en fotos y dice que naciste hecha para mí.

—¡Ole, mi suegra! Que la quiero yo más por haber parido este bombón...

Alan soltó una carcajada, me besó y acabamos los dos recostados en la cama.

Las manos volaron por nuestros cuerpos y acabamos de nuevo los dos desnudos, besándonos, acariciándonos y compartiendo esas miradas que lo decían todo sin necesidad de hablar.

Cogió un preservativo de la mesita, se lo puso y sentándose sobre sus talones, me cogió por la cintura colocándome a horcajadas sobre él.

Fui bajando despacio hasta que lo noté por completo en mi interior. Me sostuve con ambas manos en sus hombros y empecé a moverme despacio mientras nos mirábamos fijamente.

Alan, con las manos en mis caderas, me iba moviendo de adelante hacia atrás, lo que hacía que el roce de mi clítoris en su miembro cuando salía de mí, me excitara aún más.

Nos abrazamos besándonos y fue así como, unidos siendo uno solo, acabamos jadeantes y colmados después de ese bonito momento.

Porque eso, lejos de ser unos minutos más de sexo, fue un acto de amor.

Seguí abrazada a él, con la barbilla apoyada en su hombro y los ojos cerrados, disfrutando de ese instante de calma y silencio que queda tras haberse entregado a la otra persona, esperando que la respiración vuelva a la normalidad.

—Te quiero, Rebeca, te quiero como no eres capaz de imaginar, pequeña.

Sentí un nudo en la garganta y sabía que estaba a punto de llorar, me abracé aún más fuerte a él y, en cuanto Alan notó la primera leve sacudida de mi cuerpo, me estrechó entre sus brazos sin dejar de besarme el cuello.

—Yo también te quiero —fue lo único que pude decir, estaba abrumada por ese momento.
—Lo sé, pequeña, lo sé.

Capítulo 11: Rebeca



Cuando salimos a la terraza a desayunar, solo faltaban Aitor y Samira.

Vaya pareja, el poli se había aprovechado bien de su cargo y por eso la tenía esposada a él. Vamos, eso era atarse y no el matrimonio como pensaban muchos hombres.

—Buenos días. ¿Aún no se han levantado el poli y la desertora? —pregunté, causando una risa en todos, incluso en mi chico que, poco a poco, me iba entendiendo mejor.

—¡Qué va! Solo espero que estén teniendo mucho sexo de reconciliación —respondió Marta.

—Ya te digo yo que es lo más probable —aseguré.

—No sé yo qué deciros, el poli parece un poquito duro de pelar —comentó Miguel.

—No, cariño, ese era el tipo de la canción aquella de Rebeca —saltó Abel.

—¿Tú cantando, pequeña? —preguntó Alan, con una cara de asquito que nos hizo reír a todos.

—No, amor, yo no era, ni soy ni seré cantante, que seguro que si lo hago llueve. Hablan de una cantante española de hace años.

—Ah, ok.

Sí, así de tranquilo se quedó mi chico al saber que yo no había cantado en mi vida.

Bueno, sí que lo hacía, pero en la ducha como cualquier otra persona, y a veces mientras limpiaba la casa.

Alan sirvió café para los dos, yo cogí un par de tostadas y le di una a él. Cuando levanté la mirada vi cuatro pares de ojos mirarnos fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Que se os ve la mar de compenetrados, hija mía —contestó Abel.

—Sí, en estos días estamos notando que se os da bien esto de la convivencia. Igual deberíais plantearos dar el paso. No sé, se me ocurre —dijo Marta, encogiéndose de hombros y levantando una mano en señal de paz.

Yo solo sonreí, Alan me preguntó y al contestarle soltó una carcajada.

—Uy, uy, me parece a mí que el indio no está por la labor, ¿eh, Rebeca? —Marta tenía una cara sorpresa que era para hacerle una foto, si ella supiera lo equivocada que estaba...

—Se lo puedes contar si quieres, cariño —me susurró Alan, y yo asentí al tiempo que daba un sorbo a mi café.

Estábamos charlando sobre qué podríamos hacer ese día cuando al fin hizo acto de presencia la pareja de enamorados peleados y sin las esposas.

—¡Hombre, ya eres libre de nuevo! Me alegro —dije sonriendo.

—Sí, y menos mal porque si no un día de estos habría sido capaz de cortarle la mano para liberarme.

—Samira, tú tienes una carita de orgasmo que no puedes con ella, ¿eh? —dijo Abel.

Ella se sonrojó, y todos sonreímos. No era para menos, que la pobre había sido pillada con las manos en la masa.

—¿Es que aquí no se desayuna o qué? ¿Siempre tengo que ser yo la comidilla de todos?

—Tranquila, prima. Anda, prepárate la tostada que ya te pongo yo el café, que me da a mí que el poli no está por la labor —Marta miró a Aitor y yo también.

Ese hombre estaba coladito por Samira, pero tenía un cabreo encima, de tres pares de narices.

—El poli está por la labor de muchas cosas, aunque no lo parezca.

—Aitor, tranquilo hombre, que Marta no ha dicho nada malo.

—Yo no me refería a tu chica, Asier, que en esta mesa hay más gente.

—Pues si eso va por mí.

—Piensa lo que quieras, Samira —le dijo Aitor a ella.

Menudo desayuno, nos iban a dar, mala me estaba poniendo de pensarlo, así que cogí la mano de Alan, le di un apretón y él me dio un beso.

—Ay, pero ¡qué bonito es el amor, coño! —gritó Abel, que nos miraba fijamente.

—Sí, la puta hostia cuando ambas partes saben lo que quieren.

—Aitor, hijo, qué borde te has levantado hoy —le riñó Abel—. Y eso que anoche follaste, seguro, anda que, si no llegas a liberar tensiones, no sé yo cómo estarías ahora.

—¿Podemos dejar de hablar de si este señor y yo hemos follado o no? —gritó Samira, dando un golpe en la mesa.

—Vaya humos, prima. Me estás acojonando hasta a mí.

—Marta, ya, ¿eh?

—Vale, Samira, vale —contestó Marta, haciendo con dos dedos el gesto de cerrarse los labios con una cremallera.

—Bueno, nosotros queremos compartir algo. A ver si una pequeña alegría anima la mañana —dije sonriente.

—¡Estás embarazada! —soltó Abel, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¡Anda, mira, tenemos otro indio en camino! —exclamó Marta, haciéndome reír.

—No, no estoy embarazada. Vamos, ni la pulga Benito, que llevamos aquí unos días nada más.

—Bueno, al ritmo que se folla en este sitio, cualquiera de vosotras saldrá de aquí con un bombo —dijo Miguel—. No me miréis así, que el hotel rural de mis padres ya parece la Mansión Play Boy.

—¡Pues anda que lo que le queda a este cuco hotelito para ser esa casa! —le contestó Asier.

—Bueno, callaros a ver qué nos cuenta la chiquilla. ¿Os casáis? Es eso, ¿verdad? —Se interesó el cotilla de Abel, y yo negué al tiempo que sonreí— Pues hija, suéltalo ya que me tienes en ascuas.

—Si no te callas, ¿cómo quieres que hable la pobre mujer, Abel? —le dijo Samira.

—Alan me ha pedido que me vaya a vivir con él, así que voy a pedir una excedencia en mi trabajo y me voy a Escocia —dije con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ole! Felicidades, bonita —Miguel se acercó para darme un abrazo, le dije a Alan por lo que era y él, aceptó otro.

—Mira, eso son dos personas que tienen muy claro lo que quieren y hacia dónde dirigir el rumbo de sus vidas.

—Aitor, hijo, qué profundo te has levantado —le dijo Abel, después de abrazarnos a Alan y a mí.

—Espera, que todavía me cae alguna indirecta más —escuché decir a Samira.

—Ah, pero, ¿era una indirecta para ti? Ni me había dado cuenta, Samira, corazón —comentó Abel, como quien no quería la cosa.

—Tú estás de un gracioso, Abelito, que me parto toda entera con tus gilipolleces.

—Samira, en serio, ¿qué te pasa, prima? Nunca en la vida habías hablado de esa manera. Esa siempre he sido yo.

—Marta, la gente cambia, ¿no lo sabías? Pues resulta que sí, eso suele pasar. Más a menudo de lo que crees, además.

Samira se acabó el café de un trago, dejó la taza en la mesa y se puso en pie. Aitor hizo lo mismo y, antes de que diera un paso, ella lo señaló con el dedo.

—¡No! ¿Me oyes? No me sigas, no quiero que vengas. No quiero que venga nadie. Necesito pasear, sola —nos miró a todos, uno por uno, como queriendo dejar claro que así era—, sin que nadie me moleste.

—No te vayas, es lo único que te pido, prima —dijo Marta.

—Ya veremos. Que las maletas no las deshice.

—Ah, pues ahora mismo le pongo solución yo a eso.

Y antes de que Samira pudiera hacer nada, Marta salió corriendo hacia la habitación en la que dormían Aitor y su prima y allí se encerró, mientras escuchábamos los gritos de Samira diciéndole que saliera.

—Bueno, al menos tendremos entretenida a Samira un rato —dijo Asier.

—Hasta que se canse de gritar y aporrear nuestra puerta y se vaya a dar un paseo, o la tire abajo —comentó Aitor, mirando hacia su taza.

—Me decanto por la segunda opción —soltó Abel.

—Pues yo apuesto cien euros a que se va a pasear —dije sonriendo.

—¡Coño, vamos fuerte! Vale, veo tus cien, bonita, y yo apuesto a que tira la puerta abajo —Abel me tendió la mano y la estreché— ¿Alguien más quiere entrar en la apuesta?

Todos levantaron la mano, menos mal que cuando no estaba Marta, podíamos hablar en inglés para que Alan no se sintiera muy desplazado.

Así que ahí había una apuesta de seiscientos euros sobre la mesa. Abel, Alan, Aitor y Miguel apostaron a que tiraba la puerta abajo, vaya hombres de poca fe. Mientras que Asier fue un poco más confiado en la chiquilla y apostó como yo, a que se iría a pasear sola.

—Vamos, os aseguro que como tire la puerta abajo esos seiscientos euros van a ser para repararla, que no quiero que mis padres piensen que nos hemos vuelto todos unos jodidos universitarios alocados, ¿estamos? —dijo Miguel, y todos estuvimos de acuerdo.

Pero vamos, que las risas que nos íbamos a echar a costa de la apuesta de marras, no tenían precio.

Y mientras recogíamos todo lo del desayuno, escuchábamos a Samira gritar aporreando la puerta. Al final se acabaría haciendo daño en la mano por esa cabezonería. Vaya, la misma que tenía Marta, si es que no podían negar que eran primas, que tenían cada una su forma de ser y eran muy distintas, pero ese rasgo en concreto lo compartían igual que la sangre.

—¡Como no abras juro que voy a tu habitación y te quedas sin ropa! —gritó Samira una de las veces.

Asier miró a Aitor, que a su vez le miraba a él, y ambos, tras un breve suspiro, fueron hacia la habitación del segundo para intentar poner un poco de paz entre sus chicas.

Solo esperaba que lo consiguieran sin que llegara la sangre al río.

Capítulo 12: Samira



—Marta, abre la puerta y sal, ¡no toques mis cosas! —grité, porque sabía que esa prima mía era capaz de encontrar lo que no debía.

—Samira, tranquila que yo me encargo —escuché a Asier a mi espalda, me giré y ahí estaba también Aitor.

Y es que, a ver, que nosotros ya nos habíamos reconciliado y eso, pero no lo sabía nadie.

—Más te vale, porque como no salga antes de un minuto, voy a tu habitación.

—Marta, abre, preciosa —le dijo dando un par de golpecitos en la puerta.

—¿Has traído a los polis? De verdad, ¡qué valor! Encima de que te deshago la maleta gustosamente —abrió la puerta y la aparté a un lado para entrar.

Respiré aliviada al ver que no había sacado nada. La miré, me hizo una burla con la lengua y salió corriendo antes de que yo fuera detrás.

—Joder, sois como niñas —protestó Asier, que salió detrás de mi prima.

—Te lo has pasado pipa, ¿eh? —dijo Aitor, rodeándome por la cintura.

—Un poquito. A ver, no les pienso decir que me has mentido durante dos días, porque bastante se rieron mientras me veían con la esposa para arriba y para abajo, ¿eh?

—Vale. Nada de confesiones, será nuestro secreto.

—Tenemos unos cuántos, campeón.

—Por uno más —se inclinó y me besó.

Salimos y fuimos hacia la piscina, donde estaban todos disfrutando, las chicas de un baño, y los chicos en la barra del bar.

Aitor me dio un beso y un azote en el culo que dio como resultado un grito de ovación por parte de todos.

—¡Viva los novios! —gritó mi prima.

—Sí, sí. Lo de estos dos acaba en boda —soltó Abel.

—¿Quieres que te avise antes, para que puedas comprarte una pabela, Abelito? —pregunté tumbándome en una de esas camas balinesas a tomar el sol.

—¿Yo con pabela? ¡Habrase visto qué despropósito! Un traje bien elegante que me pienso poner para ir a vuestras bodas —me contestó.

—Espera, espera... —lo interrumpió mi prima— ¿Qué bodas, Abel?

—Las de Caná, no te jode la otra. ¿Cuáles van a ser, Marta? Las vuestras, hija, las vuestras. Que te digo si quieres hasta el orden. Primero tu prima Samira, después Rebeca y tú la tercera.

—¡Ole ahí el pitoniso Abel! —Marta dio una palmada saliendo del agua.

—Me dirás que no he dado en el clavo. Bueno, ya me lo diréis en unos años.

—¿Cuántos, Abelito? —preguntó Asier muerto de risa.

—Pues hijo, tampoco hagáis esperar mucho a las chiquillas que tú ya vas para el medio siglo.

—¡Será cabrón! Cuarenta y uno, desgraciado, voy a cumplir cuarenta y uno.

—Sí, señor agente, lo sé, pero por eso digo, que la niña es joven y tú ya eres carne de infarto.

—¡Lo mato! —dijo Asier dejando la barra del bar y corriendo hacia Abel, que no dudó en tirarse a la piscina.

Pero que el poli tampoco, ¿eh? Ese fue detrás y de cabeza, ahí es nada. Cogió a Abel y le hizo un par de ahogadillas, que el pobre salió buscando aire como un pez.

—¡Me ha querido matar un policía! Por Dios, siempre quise que me diera con la porra un agente de la ley, pero con la que tiene entre las piernas.

Estallamos todos en carcajadas mientras Asier salía de la piscina y Abel, se agarraba al borde respirando hondo.

Sabía yo que el jodido estaba exagerando, pero es que él se lo había buscado con picar de esa manera al poli madurito.

¿Qué pensarían nuestros padres cuando supieran la edad que tenían Aitor y Asier? Si es que después de pasar estos días había algo que contar, claro, puesto que existía esa posibilidad de la que Abel habló al principio de reencontrarnos.

Aitor y yo nos volveríamos a despedir, él seguiría con su vida y su trabajo y yo con mis estudios. De nuevo pasaría unos meses malos y lo echaría de menos, hasta que finalmente me olvidara de él y siguiera adelante, con el recuerdo de los días que habíamos compartido en dos ocasiones.

—¿En qué piensas? —Abrí los ojos y vi a Aitor en cuclillas al lado de mi cama.

Me moví y él sonrió al verme antes de tumbarse a mi lado. Me rodeó con el brazo por los hombros y apoyé la mejilla en su pecho, recostándome en él.

—En nada importante —mentí—. Solo estaba ahí desconectando del mundo un momento mientras el sol me bañaba el cuerpo.

—Un cuerpo precioso, si me permites decírtelo.

—Gracias.

Noté que me besaba y cerré los ojos mientras sentía la yema de sus dedos acariciándome el brazo.

Me encantaba estar así, si pudiera pararía el tiempo para que este momento no acabara nunca, pero no tenía ese poder, no había forma de detenerlo todo y que nos quedáramos así siempre, abrazados y tranquilos.

—¿Entonces ya estáis bien? —preguntó Rebeca, abrí los ojos para mirarla y sonreí al tiempo que asentía.

—Me alegro mucho, de verdad. Hacéis una bonita pareja. Y... de verdad que siento que se liara todo aquello por mi culpa —dijo con una cara de pena, que hizo que Aitor le acariciara la mejilla.

—Tranquila, que está todo solucionado, de verdad —le dijo Aitor y ella asintió antes de dejarnos solos de nuevo.

—Voy a ir a ver qué podemos comer hoy —me incorporé y antes de que me levantara, me lo impidió acercándose a él.

—Dame un beso antes de irte, por favor —me pidió, y juro que eso me sonó a despedida anticipada.

Nos besamos dejando salir todo ese cariño que nos teníamos, yo le entregué en ese momento el amor que sentía por él y, si me hubiera pedido que me fuese con él, tal como me había dicho que pensaba hacer, habría dicho que sí sin dudarlo.

Teníamos todo lo necesario para una ensalada de pasta, además preparé unas tostas de jamón y todos disfrutamos de ese momento de comida en el que no faltaron las bromas de Abel, ni tampoco

las miradas entre Alan y Rebeca, que estaban muy enamorados el uno del otro.

Me alegraba por ellos, el paso que Rebeca iba a dar dejando su país y todo cuanto tenía, para empezar una vida con el hombre al que amaba, era de admirar. La envidiaba por eso, pero era por esa valentía de dejar de hacer lo que quisieran los demás para comenzar a vivir su vida.

Después del café me di un baño en la piscina, tomé el sol mientras Aitor y el resto de chicos charlaban tomando una copa, y mi prima y Rebeca dormían cada una en una hamaca.

Quedaba poco para que nos marcháramos, para que dejáramos atrás estos días que nos había regalado el tiempo, unos días que, pasara lo que pasara, guardaría en mi memoria el resto de mi vida.

Cenamos unas hamburguesas que preparó Asier en la barbacoa y decidimos jugar a las cartas. Un juego normal, de los de toda la vida, nada de quitarse prendas ni esas cosas que Aitor, igual que Asier y Alan, no pensaba compartir a sus parejas nunca más.

Al menos a nosotras tres, el tiempo que nos quedara por estar aquí.

Eran cerca de las doce de la noche cuando decidimos poner fin a ese día. En cuanto Aitor y yo entramos en la habitación, comenzó a desnudarme entre besos y caricias, me recostó en la cama y se quitó la ropa ante mi atenta mirada.

Sus ojos lo decían todo, me miraba con deseo, pero también con ese amor que había dicho sentir.

Se situó entre mis piernas, me besó mientras me acariciaba todo el cuerpo con ambas manos, llevó una de ellas a mi sexo e hizo que me corriera en apenas unos minutos.

Fijó su mirada en la mía, me acarició la mejilla y empezó a penetrarme despacio.

En ese momento el amor más puro se mezclaba con la pasión y el deseo, Aitor me estaba haciendo el amor de mil maneras diferentes en un solo acto.

Me amaba con sus caricias, con sus besos, con esas miradas que hacían que se me derritiera el alma y que me llegaban a lo más hondo de mi corazón.

—Te quiero, Samira, mi Samira —susurró con la frente apoyada en la mía.

Sentí un nudo en la garganta y estaba a punto de llorar cuando Aitor me abrazó, se sentó en la cama y colocándose a horcajadas sobre él, nos hicimos el amor mutuamente sin dejar de mirarnos a los ojos.

Hundí las manos en su cabello, las bajé por el cuello, le besé en los labios y me sostuve en sus hombros mientras él me iba moviendo arriba y abajo, haciendo que, con cada bajada, lo sintiera mucho más en mí interior.

Nunca, jamás, por muchos años que pasaran después de esta noche, por muchas vueltas que pudiera dar mi vida tras el último día con Aitor, olvidaría este instante en el que sus ojos y los míos decían cuanto necesitábamos saber. Nos amábamos.

Capítulo 13: Marta



—¿Estás muy cansada? —me preguntó Asier, nada más entrar en nuestra habitación mientras me abrazaba desde atrás.

—Hombre, para ir a correr una maratón no estoy, no —contesté y le noté reírse en mi cuello, al tiempo que dejaba un beso.

—No pensaba llevarte a una maratón a estas horas. Bueno, una maratón sí, pero —se acercó a mi oído y susurró—, una un poco más divertida.

—¿Cómo de divertida? —pregunté.

—Aún tienes las cosas que metisteis en esas bolsitas de la noche con las falditas escocesas, ¿verdad? —seguía susurrando con esa voz ronca y sexy que me ponía de lo más nerviosa.

—Sí —acerté a contestar.

—Bien, pues así de divertida será la noche.

—No me lo puedo creer... —empecé a reír tapándome la boca y Asier soltó una carcajada.

—Ve a por ella, mi preciosa niña, que vamos a jugar.

—¿A los médicos? —pregunté, con ese doble sentido, ya que cuando le conocimos hace meses en este mismo hotel, él decía ser médico.

—Una jeringuilla sí que voy a clavarte, y bastante gorda.

Me dio un azote en el culo y me hizo ir a buscar todo aquello que Rebeca había comprado.

Pues nada, ahí que fui yo al cuarto de baño por la bolsita con ese vibrador que, miedo me daba por donde pudiera querer meterlo.

Cuando salí, Asier estaba sentado en el borde de la cama, me quito la bolsa de la mano y la dejó a un lado.

Me colocó entre sus piernas y empezó a quitarme la ropa mientras me besaba la barriga.

Una vez me tuvo completamente desnuda, empezó a jugar con los dientes en mis pezones, mordisqueándolos despacio y dando tironcitos que hacían que se endurecieran y me excitara.

Llevó una mano a mi entrepierna y comenzó a tocarme lentamente con el dedo para estimularme el clítoris y conseguir que me humedeciera. Me penetró con el dedo y una vez dentro lo empezó a mover en círculos para después, sin dejar de hacerlo, meterlo y sacarlo mientras con el pulgar seguía acariciándome ese botón que haría que me corriera en apenas unos minutos.

Y así fue, me tuve que sostener en sus hombros para no caer porque me temblaban las piernas de una manera increíble.

Asier se puso en pie, me besó y, cogiéndome en brazos, me recostó en la cama para desnudarse.

—¿Lista para jugar, mi preciosa niña? —susurró inclinándose para besarme.

—Sí, señor agente.

—No me llames así, aunque me ponga mucho la idea, porque podría esposarte.

Me mordí el labio mientras sonreía y no se me ocurrió otra cosa que unir ambas muñecas y llevarlas ante su cara de asombro.

—Marta —dijo mi nombre con tono y rostro serio.

—Asier —contesté arqueando una ceja.

—Joder —fue lo único que dijo antes de coger las esposas y ponérmelas, privándome de la libertad de movimientos en las manos—. No te haces una idea de cómo que me acabas de poner y de lo sexy que estás así. Desnuda y expuesta ante mí.

—Demuéstramelo, mi amor —fue la primera vez que lo llamaba así, y me sonrojé tragando saliva porque no sabía qué podría contestarme él.

—Ahora mismo, amor mío.

Sonreí al escucharlo porque, eso quería decir que los dos sentíamos lo mismo, ¿verdad? Que esto que había empezado unos meses atrás no era solo sexo. Era algo más.

Asier cogió el gel de la bolsa y me lo extendió cubriendo bien la apertura de mi sexo, así como la zona de mi ano.

—Asier, no pensarás...

—Claro que sí, preciosa, hoy vamos a jugar un poquito más con esta parte —contestó mientras me tocaba ese orificio en el que ya había entrado su dedo alguna vez, pero nunca habíamos ido más allá de eso.

—No creo que entre, de verdad que no.

—Cariño, si se estimula bien, y ya llevamos días haciéndolo, entrará. Te dolerá un poco al principio, aunque iré con cuidado, te lo prometo —me aseguró dejándome un beso en todo el clítoris.

Cogió ambos tobillos y me hizo apoyar los pies en la cama, me flexionó las piernas rodillas y separó bien mis piernas.

—Preciosa —dijo observándome desde donde estaba, que no era otro sitio que arrodillado en el suelo y con mi sexo bien expuesto ante él.

Sacó el vibrador de la bolsa, lo puso en marcha y empezó a pasarlo despacio por mi clítoris.

—¡Oh, joder! —grité al notar lo mientras vibraba subiendo y bajando.

Me estaba excitando de una manera increíble, me penetró con él y noté que me colocaba el *Satisfayer* ese, en todo el clítoris para que succionara.

—¡Ay, Dios! Asier... ¡Por Dios! —De esta no salía con vida, me estaba notando un calor impresionante.

Necesitaba agarrarme a algo y, para colmo, tenía las muñecas atadas con las jodidas esposas.

—¡Quítamelas, por favor! —le pedí levantando los brazos, pero lo vi sonreír de esa manera tan lobuna que tenía, mientras arqueaba la ceja y negaba— ¡Necesito agarrarme, Asier...! ¡Oh, joder!

Me iba a correr en cuestión de segundos, lo notaba.

Y, efectivamente, mientras el vibrador entraba y salía de mí, y lo otro me succionaba el clítoris como si no hubiera un mañana, me corrí gritando de tal manera, que estaba segura que me habrían escuchado en todo el maldito hotel.

Acabé jadeando y temblorosa sobre la cama, con los ojos cerrados y esperando que mi chico no quisiera seguir jugando más. Aunque, por otra parte, esa que tanto disfrutaba con todo lo que él hacía, deseaba que no parara.

Asier me cogió por la cintura y me colocó boca abajo en la cama, con una almohada bajo mis pechos de modo que podía agarrarme a ella, y la otra bajo mi pubis, dejando mi trasero elevado y expuesto a él.

Separó mis piernas y volvió a tocarme el clítoris despacio, yo lo tenía tan sensible en ese momento, que noté que daba un leve saltito.

—No, no, para, no sigas, por favor —le pedí.

—Ahora le toca a esta parte. ¿Estás preparada, cariño?

—No —reí y él también.

—Tranquila, ¿de acuerdo? Relájate y deja que yo me encargue. ¿Confías en mí?

—Sí.

—Así me gusta, preciosa —susurró en mi oído antes de besarme el cuello.

Noté que extendía bastante gel por la parte de mi ano y cuando acabó, lo escuché ponerse un preservativo.

Me penetró por delante y empezó a meter, poco a poco, uno de sus dedos por detrás, de nuevo esa sensación de placer y un poquito de dolor.

Entonces sentí la punta del vibrador en mi culo y di un leve respingo.

—Tranquila, cariño, voy a ir despacio, pero necesito que esto entre un poco antes de ser yo quien entre aquí —dijo haciendo círculos con el vibrador en esa pequeña apertura.

Me relajé cuanto pude y dejé que aquello entrara despacio mientras él, seguía penetrándome por delante y agarrándome bien por la cadera.

Jadeé cuando me sentí llena por ambos sitios. Asier estuvo un buen rato jugando con el vibrador en mi trasero, entrando y saliendo de una manera de lo más acompasada con sus embestidas en mi humedad.

—¿Preparada, amor mío? —preguntó antes de sacarme el vibrador al tiempo que salía de mí.

—Sí, hazlo —le pedí.

Se inclinó un instante para dejarme un beso en la parte baja de la espalda y noté la punta de su erección en esa entrada que nunca, nadie hasta que llegó él, había tocado.

Asier fue entrando, poco a poco, grité ante la intrusión y esa sensación de dolor, pero él enseguida me acarició la espalda mientras iba avanzando, poco a poco, hasta que le noté dentro por completo.

—Eres una campeona, cariño, ya está. Cuando estés listas, empiezo a moverme —me dijo, y yo me giré para mirarlo a los ojos.

—Hazlo, hazlo ya.

Asier sonrió, me sostuvo por ambas caderas y empezó a moverse, entrando y saliendo, haciendo que gritara de placer, más que por el dolor.

Cuando él estaba a punto de acabar, llevó una mano a mi sexo y mientras me acariciaba el clítoris con uno de sus dedos, me penetraba con otro, hasta que acabamos corriéndonos los dos mientras nos mirábamos.

Se dejó caer sobre mi espalda con la respiración entrecortada, me abrazó y dejó varios besos en ella antes de salir despacio de mi interior, para no hacerme daño.

Me ayudó a levantarme, me quitó las esposas y me cogió en brazos para llevarme a la ducha, donde me lavó por completo y después me puso un poco de crema en el trasero para que no tuviera demasiadas molestias al día siguiente.

Volvíamos a la cama, nos metimos y me abrazó por la espalda pegándome a su pecho.

—Ha sido increíble, cariño. Perfecto e increíble. Descansa, amor mío —me besó el hombro y me estrechó aún más en sus brazos.

Sí, tenía razón, había sido un momento perfecto porque él había hecho que así fuera. Lo hizo con tanto tacto y ternura, que dudaba mucho que alguien estuviera tan contento de que le hubieran dado por culo por primera vez, hablando mal, pero llamando a las cosas por su nombre.

Capítulo 14: Rebeca



Apenas quedaban unas horas para que aquel viaje acabara.

Me levanté temprano, dejé a Alan durmiendo en la habitación y fui a preparar el desayuno para todos.

En la cocina estaba Abel, sentado con la taza de café en la mano.

—Buenos días, bombón —lo abracé por los hombros y le planté un beso de esos bien sonoros en la mejilla.

—Buenos días, guapetona. ¿Un café?

—Pues mira, sí, me tomo uno aquí tranquila contigo —contesté sirviéndome una taza.

Me senté a su lado y le vi una cara de muerto viviente que daba miedo, de verdad.

—Abel, ¿qué te pasa?

—Que no me quiero ir, pero tampoco puedo quedarme aquí, Rebeca. Mi vida está en la ciudad, yo en un pueblo...

—Abel, ¿quieres a Miguel?

—¿Qué pregunta es esa, niña? —Me miró con el ceño fruncido y completamente ofendido, rompí a reír al verlo y él lo hizo después.

—Vale, espera que la reformulo. ¿Cuánto quieres a Miguel?

—Mucho, más de lo que nadie pueda imaginar.

—¿Tanto como yo a Alan? Imagino que no, que tú a Miguel mucho más porque lleváis años juntos, lo mío con el escocés es desde hace apenas unos meses, pero lo quiero, Abel, lo quiero tanto, que voy a dejar la vida que conozco para lanzarme a la aventura con él.

—Y te admiro por ello, pero, ¿qué me quieres decir, Rebeca?

—Lo que sabes que te estoy diciendo, Abel —le di un abrazo, que él me devolvió como si realmente en ese momento lo hubiera necesitado, y volvimos a quedarnos en silencio tomando el café.

Cuando acabamos nos pusimos los dos a preparar el desayuno, ese que tomamos en la terraza todos juntos, riendo y haciendo como que no era el último día que nos quedaba allí.

Un baño en la piscina, música de fondo, un aperitivo y los chicos prepararon una barbacoa para comer que, entre copas, risas y bailes, acabamos por llevar hasta la cena donde seguimos con la fiesta que teníamos allí montada.

Nadie lo dijo, pero sin duda era ese final de vacaciones que nos merecíamos.

—Quiero decir unas palabras... —Abel se levantó con su copa en la mano y nos miró a todos— Sois la puta hostia, de verdad que sí. No podía haber pasado mejores vacaciones.

—Bueno, que hemos tenido días de lo más movidos, Abelito —dijo Marta.

—Y la niña esta, que, si no habla revienta —protestó él— ¿Me dejas seguir?

—Por supuesto, hable usted, majestad —era para verla a ella, poniéndose en pie y haciendo una reverencia.

—Pues, como decía, han sido las mejores vacaciones de mi vida. Chicos, de verdad, sois todos increíbles. Puedo decir que, os quiero, y es de corazón.

—Joder, Abel, que voy a llorar, me cago en la leche —dije, y sí, estaba llorando.

—¡Por los ocho del aislamiento! —dijo Miguel, ya en pie, levantando su copa.

Todos hicimos lo mismo, brindamos, dimos un sorbo, y entonces...

—*El final, del verano, llegó, y tú partirás* —empezó a cantar Miguel.

—*Yo no sé, hasta cuando, este amor, recordarás* —siguió Aitor.

—*Pero sé que, en mis brazos, yo, te tuve ayer* —continuó Asier.

—*Eso sí, que nunca, nunca yo, olvidaré* —acabó Alan.

Miguel abrazó a Abel y el resto a cada una de nosotras, yo no pude aguantar más las lágrimas.

—¿Cuándo has aprendido esa frase? —le pregunté a mi escocés.

—Hace un par de días, Miguel tuvo la idea y ya ves, nos ha liado a todos. Joder, hasta que me la aprendí. Te juro que me sé la canción entera del Dúo Dinámico.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Sí, pero por ti. Te quiero, Rebeca, con tus locuras, todas ellas.

Alan me besó y así llegamos al final de ese último día de vacaciones, unas que, esperaba, pudiéramos repetir más a menudo todos juntos.

Capítulo 15: Samira



No, no quería levantarme. No quería que acabaran estos días. Y no quería por una simple razón, Aitor.

Ese hombre se había quedado con una buena parte de mi corazón.

Terminé de preparar mis maletas en silencio, con Aitor recogiendo sus cosas, que tampoco hablaba.

Desde luego, cada uno llevábamos nuestra penitencia.

¿La mía? Haberme enamorado de él hasta las trancas y saber que, una vez se montara en el coche y se alejara de mí, no volvería a verlo nunca.

¿La suya? Posiblemente el haber llegado a quererme tanto sin que fuera planeado.

—¿Lista? —preguntó abrazándome por detrás.

—Sí.

Fuimos a desayunar con el resto y allí había más caras de pena que en un entierro.

—¿Quién se ha muerto? —pregunté, intentando que alguien, quien fuese, se riera y soltara una tontería, pero nada.

—Pues el verano, bueno, nuestro verano, prima —me contestó Marta que, por primera vez en mi vida, la veía llorar con una pena y un dolor, que tuve que ir a abrazarla.

—Sabes que, pase lo que pase con los polis después de esto, siempre me vas a tener, ¿verdad? —le aseguré.

—Y tú a mí, Samira, y tú a mí.

Acabamos las dos llorando como magdalenas, hasta que sentí que alguien nos abrazaba, miré y era Rebeca, y Abel se puso al otro lado también.

—Aquí, o lloramos todos, o no lo hace ni Dios —dijo Rebeca, haciéndonos reír entre los lagrimones que nos caían a los cuatro.

—Chicas, Abel, que no se acaba todo aquí —escuché que decía Asier.

—Eso me suena —contesté sentándome y cogiendo un café y una tostada.

—A mí también —comentó Abel.

—Bueno, vamos a desayunar que es el último que hacemos juntos —dijo Marta.

—Bueno, en la Biblia hablan de la última cena, nosotros tenemos el último desayuno —soltó Miguel, que desde luego hacía lo posible por romper con esa melancolía que nos rodeaba a todos.

Y sí, algo se rompió pues acabamos todos en una sonora carcajada.

Desayunamos y tras ayudar a Miguel a recogerlo todo, fuimos a las habitaciones a por el equipaje que metimos en los coches en los que habíamos llegado cada uno.

Alan y Rebeca permanecían abrazados, habían vuelto juntos y se marchaban juntos, ella tenía claro que se llevaba al escocés a casa para que lo conocieran sus padres, empezar con los trámites cuanto antes y así poder irse con él a Escocia.

Miguel y Abel se dieron un abrazo de esos que te parten el alma, aunque ellos lo tenían más

fácil, ahora ya podrían volver a verse tan a menudo como habían estado haciendo desde que los padres de Miguel supieran de su relación.

Mi prima seguía llorando, esta vez en brazos de un Asier, que trataba de consolarla.

Aitor se acercó a mí, me abrazó y tras darme un beso pegó la frente a la mía.

—Te prometo que voy a llamarte, preciosa.

—Eso dijiste la otra vez, y estuve siete meses sin saber nada.

—Esta vez es de verdad, Samira, te lo aseguro. Voy a llamarte y a darte una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —pregunté.

—Si te lo dijera, no sería sorpresa. Tú solo espera, por favor. Espérame, cariño, es lo único que te pido.

Me dio un último beso, se giró y le hizo una señal a Asier, para que se metiera en el coche.

Aitor se sentó en el lado del copiloto, con la cabeza apoyada en el cabecero del asiento y los ojos cerrados. Ni siquiera me miró, no quería verme.

No quería ver cómo me quedaba ahí, llorando y destrozada por perderlo.

Por perder al hombre al que más amaría en toda mi vida.

Capítulo 16: Samira



Dos semanas habían pasado desde que volvimos de Huesca y dos semanas en la que me había dado cuenta de que Aitor, me la había vuelto a jugar, ni un puñetero mensaje.

Esa mañana me levanté de un malhumor que no me aguantaba ni yo, pero bueno, un buen café y algo me vendría arriba, vamos, al menos eso esperaba porque ese día me había levantado de muy mal pie.

Salí hacia la cocina y justo cuando iba a entrar, que saludaba con la mano a mis padres, llamaron a la puerta.

—Ya voy yo, la gente podría venir un poco más tarde —murmuré a regañadientes.

Abrí la puerta y saqué hasta la cabeza para afuera y me froté los ojos.

—¿No me vas a decir nada? —Estiró su mano para darme un ramo de flores que traía consigo.

—Sí —murmuré casi sin gesticular —¿Qué haces aquí? —No podía reaccionar.

—Me podrías dar un abrazo, no sé, algún gesto de alegría —arqueó la ceja.

—Sí, pero no puedo ni moverme, estoy bloqueada —ya comencé a reír y me tiré a sus brazos.

—Estaba loco por verte.

—Hija, ¿quién es? —preguntó mi madre que era conocedora al igual que mi padre de mi historia con él, eso sí, le obvié muchos detalles indudablemente.

—Un policía que no sé lo que quiere.

—Pues dile que entre y lo invitamos a un café —gritó desde la cocina y le dije que pasara.

Salieron y lo saludaron, pero ahí había algo que me escamaba.

—Vosotros sabíais que él iba a venir, ¿verdad? —dije sentándome en la cocina para desayunar.

—Digamos que ayer tuve una conversación con ellos y me atendieron muy amablemente —dijo Aitor, con ese aire de misterio y su media sonrisa.

—El respeto y cariño fue mutuo —dijo mi madre dándole un café y poniendo tostadas en la mesa.

—Bueno contadme, porque estoy alucinando en colores.

—Hablé con ellos para transmitirles mis sentimientos por ti y para pedirles si no les parecía bien, que te vinieras conmigo a vivir y estudiar allí, quería que me dieran su aprobación.

—Papá, mamá, no me la habréis liado, ¿verdad? —Les señale con el cuchillo que estaba untando la mantequilla.

—Por supuesto que no, tú felicidad, es la nuestra.

—Pero vamos —miré a Aitor —, ya lo podrías haber hecho hace diez días por lo menos, o un mensajito hijo.

—Te quería dar la sorpresa, he estado trabajando hasta ayer, ahora tengo mis otros quince días de vacaciones.

—¿Y cuándo dices que nos vamos? —reí.

—Por mí, hoy mismo, si eres capaz de recoger tus cosas en unas horas.

—En media lo tengo todo en tu coche —mi padre reía emocionado y negando y mi madre con esa sonrisilla entre pena y alegría.

—Por cierto, ya se le puede dar la otra noticia —le hizo mi madre un gesto a Aitor.

—¿Hay más?

—Tu prima también se va a vivir con Asier, os vais a tener cerca —carraspeó.

—¿En serio?

—Sí, pero le dije que no te dijese nada hasta que te diera la sorpresa —me hizo un guiño.

—No te mato porque te quiero demasiado —escuché un suspiro de mi madre y me eché a reír abrazándola —. Te voy a echar mucho de menos, pero prometo venir a verte y sé que tú irás con papá.

—Vamos, me tienen que matar para no ir —nos hizo reír.

No me lo podía creer, había venido a por mí, no podía de dejar de apretarle la mano y mirar su preciosa sonrisa.

Tras el desayuno se vino conmigo a la habitación y fuimos guardando todas mis cosas en dos maletas, bolsas, cajas que trajo mi padre. Menos mal que su coche era amplio y grande, porque lo llené entero.

Comimos con mis padres y me despedí de ellos llorando como una niña pequeña, aquello era un cambio de la noche a la mañana, pero lo deseaba, quería estar con él y por ese hombre me iba al fin del mundo si hacía falta.

Arrancó el coche y fuimos hasta la casa de Abel para despedirme de él, anda que no lloraba nada sabiendo que sus dos amigas se iban de la ciudad.

Pasamos toda la tarde en carretera, entre besos que yo le daba en la cara, él me cogía la mano y me la besaba, además de esas charlas tontas de niños que parecen que se acaban de conocer, pero es que aquello era una gran ilusión para los dos, íbamos a comenzar una nueva vida en común.

Llegamos de noche a su casa, habíamos parado a cenar, me quedé alucinada cuando metió el coche en ese precioso jardín, pequeño, pero de lo más coqueto. La casa tenía un gran porche con un balancín de madera mirando hacia fuera y con una mesa de madera delante.

—Esto es precioso, jamás me lo imaginé así.

—Vamos dentro, mañana sacamos el resto —me agarró de la mano y entramos a esa preciosa casa de dos plantas. No era muy grande, pero era la más coqueta y bonita del mundo, la había decorado muy minimalista y con un gusto exquisito. El blanco prevalecía en todos los rincones.

La cocina me chiflaba, bastante amplia y cuadrada, un espacio impresionante, al igual que el salón con la chimenea, era una preciosidad y su dormitorio con ese baño grande y una bañera de patas sobre el suelo, me encantaba. Estaba como una niña pequeña viendo la casa en la que iba a vivir, parecía que me la iba a comprar, había tenido un flechazo a primera vista.

Saqué las cosas que había preparado en una bolsa para la noche, sabía que hasta el día siguiente no colocaría nada y me traje un camisón de tirantes y mudas en el bolso.

Me cambié y nos fuimos al sofá un ratito, estábamos agotados del camino, pero teníamos ganas de estar ahí un rato.

Me senté a horcajadas en su falda, frente a frente, fue el momento que tanto había añorado. No me lo podía creer, no dejaba de besarlo y abrazarlo, en su sonrisa se dibujaba la felicidad que al igual que yo, estaba sintiendo.

Me echó hacia un lado y me puso bocarriba, no tardó en ponerse sobre mí y ahí, como no, comenzamos a dar rienda suelta a esa tensión que llevábamos dentro.

Lo hicimos sin dejar de mirarnos a los ojos, miradas que hablaban por nosotros, esos ojos que

eran capaces de transmitir lo que sentíamos en esos momentos y que no era poco.

De ahí nos fuimos a la cama, nos abrazamos y no tardamos en caer en redondo, el día había sido largo y muy intenso...

Capítulo 17: Samira



Me pegué a él y le besé el cuello cuando abrí los ojos, rápidamente abrió los suyos y me sonrió.

—¿Qué tal has dormido?

—Genial, además con mi almohada —reí y es que me la traje pues para mí esa era especial, hasta al viaje de Huesca la llevé esta última vez.

—¿Un desayuno?

—Sí, por favor —sonreí abrazándolo.

Aitor era todo un caballero, pero en todo, era lo que más me gustaba de él, sabía cómo mimarte y hacerte sentir bien. Ese hombre me encantaba, simplemente me encantaba.

Preparamos café, tostadas y nos sentamos en esa maravillosa cocina que me tenía tan enamorada como él.

—Van a venir mis padres a comer para conocerte —soltó y casi me ahogo.

—Me muero de la vergüenza —apreté los dientes.

—No te van a comer —sonrió y me dio un toque en la nariz.

—Eso espero —solté una carcajada.

—Ahora vamos a ir a comprar marisco y pescado frito.

—Qué rico, por favor.

—Lo venden en una freiduría muy famosa cerca de aquí, así que iremos antes de que lleguen y así me quito de tener que cocinar nada y, además, eso está mejor.

—Mucho mejor, me encanta el marisco y el pescado, ¡ummm!

—Pues hoy vas a probar el mejor del mundo.

—Aitor, y, normalmente tu horario de trabajo cuál es.

—Pues, siempre de mañana de lunes a viernes, y un fin de semana al mes que toca trabajar sábado y domingo de mañana también.

—Bueno, tampoco está mal.

—No, no lo está —sonrió —, además, pillaré mi trabajo con tus clases en la universidad y los fines de semana que trabaje, así estás más tranquila para estudiar.

—Tranquilo, voy a tener que hacer muchas horas de encierro, no me puedo relajar —carraspeé y acarició mi barbilla sonriente.

—Pues quiero que cuando llegue el momento te centres en eso, le prometí a tus padres que no permitiría que te dejaras ir y, además, quiero conocer a esa futura doctora que hay en ti —me hizo un guiño.

—Bueno, pero ahora, vamos a ducharnos, vestírnos, salir a tomar un vinito y comprar la comida para cuando venga tu familia.

—Me gusta la idea, por cierto, ¿ducha intensa?

—Según, sí llamamos a Asier... —bromeé causándole una risa mientras negaba.

—No tienes remedio...

—Tú eres el culpable —le saqué la lengua.

En ese momento me llegó un mensaje de mis padres que me habían puesto en la cuenta un regalito para que aportara algo en la casa con Aitor. Entré corriendo a mirar y no me lo podía creer, me habían puesto treinta mil euros y eso que la universidad me la pagaban ellos. Es cierto que vivían muy acomodados económicamente, pero joder, no me esperaba eso, pensé que todos los meses me darían algo como siempre y ya, pero no, ellos sabían que estaba comenzando una nueva vida y querían ayudarme.

—Le enseñé la cuenta a Aitor y se echó a reír.

—Anda, tienes más que yo —negaba riendo.

—¡Tonto!

—No quiero que toques nada de ahí, yo no tengo el dinero que pueden tener tus padres, pero estar en un grupo especial de la policía me hace tener una buena nomina que nos da para vivir perfectamente, sin privarnos casi de nada y pagar la hipoteca de la casa, así que deja ese dinero ahí por si algún día te hace falta.

—Bueno, pero esto ya es de los dos, yo quiero contribuir en algo, al menos la comida la podemos ir comprando todos los meses de ahí.

—Déjalo en tu cuenta y deja que sea yo quien te cuide.

—No quiero, además mis padres lo hicieron para ayudarnos a los dos ya que saben que ahora tienes conmigo doble gasto.

—Pero puedo con ello.

—Bueno pues es de los dos, ya iré yo haciendo compras y tú no me lo vas a poder impedir.

—¿Quieres que te vuelva a poner los grilletes?

—¡Tonto! —reí recordando aquellos dos días.

Terminamos de desayunar, sacamos mis cosas que aún estaban en el coche y las pusimos a un lado de la habitación, ya por la tarde las colocaría después de que se fueran sus padres.

Y comenzó a enjabonarme con esa sensualidad que ponía en su mirada, en sus gestos, moría por aquel hombre que casi me doblaba la edad, pero que era mi todo desde que nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

Sus manos comenzaron a masajear mi cuello mientras de fondo se escuchaba a Eros Ramazzotti, sí, tenía hilo musical en el cuarto de baño, aquel hogar lo sentía como mío, al igual que a aquel hombre que se estaba deshaciendo en caricias hacia mí, que había ido a buscarme para traerme junto a él y que quería crear un futuro conmigo comenzando por este presente, por este momento.

Tras una ducha de lo más excitante salimos a dar un paseo, era una sensación preciosa ir de la mano por la ciudad junto a él, parar a tomar un vino y luego comprar la comida para el almuerzo con sus padres.

Y vaya padres...

Julio y Marina, dos personas de lo más elegantes y cariñosas que no dejaron ni un solo momento de regalarme muestras de cariño, no quitaron la sonrisa de su cara y nos bendijo la relación mil veces aparte de darme la bienvenida a su familia y decirme que ya me consideraban, esa hija que nunca habían tenido.

Fueron tan bonitas esas tres horas que pasamos con ellos, que me di cuenta que lo mío más que una preciosa historia de amor, era todo aquello que yo había soñado para formar una familia.

Aitor estaba muy feliz de que me hubiesen caído tan bien sus padres, pero, ¿a quién no le caería bien dos personas tan entrañables como Julio y Marina?

La felicidad había llamado a mi puerta y ya soñaba con terminar la carrera, trabajar y formar una familia con ese hombre que un día aterrizó en mi vida para quedarse a mi lado ¿No era maravilloso?

Epílogo: Samira



7 años después...

—Cariño o te tomas el Nesquik, o no te vas a levantar de la mesa.
—Mamá mañana cumplo tres años.
—¿Y?
—Soy un hombre.
—Claro que sí y tú padre un viejo —reí mirando a Aitor, que entraba por la puerta.
—¿Me han llamado viejo?
—Totalmente, señor agente.
—¿Qué le pasa a mi príncipe?
—Está jugando con el desayuno y no se lo toma.
—Tú has jugado con otras cosas y a veces no te lo has comido.
—Te den por saco —reí sabiendo que se refería a la noche anterior cuando comencé a buscarlo entre juegos y me quedé dormida dejándolo con las ganas —. Esta mañana he cumplido.
—¿Qué has cumplido mami?
—La promesa de cuidaros hasta que me saquéis de quicio y me vuelva a casa de mis padres — reí causando una risa en ellos. Sabían que por nada del mundo los dejaría.
Mi vida era Asier, sí, Asier le pusimos al niño porque sus padrinos Asier y Marta, nos habían avisado que si era niña se llamaría como ella y en caso de ser niño como él, y ahí estaba mi pequeño llamándose como aquel hombre que formó parte de aquella aventura en Huesca.
A los dos años de venirme a vivir con Aitor nos casamos, estábamos seguro de lo que queríamos y luchamos por ello, seguí estudiando y me quedé embarazada, pero lo llevé todo genial, eso sí, me retrasé un año en sacarla, pero lo conseguí y ahora disfrutaba de una plaza fija en el hospital de la ciudad, la verdad es que la vida me había sonreído.
Abel se trasladó a vivir a Huesca con Miguel, desde allí seguía su carrera de *influencer*, esa que iba viento en popa y le reportaba unos beneficios muy fuertes.
Y qué decir de Marta y Asier, esta no se quedaba embarazada, los padres la llevaron a una clínica de reproducción asistida donde le hicieron una fecundación in vitro con el esperma de Asier y trajo unas mellizas al mundo que eran mi debilidad, Rebeca y Samira, así les puso a esas preciosidades que hoy tenían cuatro años.
¿Y cómo les fue a Rebeca y Alan? Pues les iba genial en Escocia, tenían buenos empleos y una casa preciosa a la que fuimos más de una vez, además de un hijo de cinco años llamado Abel, sí, le puso el nombre de mi amigo el cuál fue el padrino del niño.
Cada año nos reuníamos todos una parte de las Navidades en el hotel de Miguel, sus padres nos tenían ya como parte de su familia y allí cada año recordábamos las locuras que hicimos siete años atrás.

Aitor desde el principio fue muy protector conmigo, la parte pasional entre los dos seguía intacta y los juegos se seguían sucediendo a lo largo de los años, no habíamos perdido nada la chispa, pero luego él, aunque no quisiera y dada la diferencia de edad, ejerció mucho como de mi padre, a veces, al principio me reñía con cariño cuando yo quería desistir de estudiar o me dejaba ir, se plantaba y se ponía en plan padrazo dándome charlas y riñas para obligarme a hacerlo. A veces hasta me ponía de mal humor y terminábamos enfadados, pero luego comprendí que, si no se hubiese puesto así, hoy no habría conseguido mi sueño de poder ejercer esa profesión que tanto amaba.

Con Marta tuve todo lo que de una prima y amiga se podía tener, vivíamos tan cerca, que nos íbamos la una a casa de la otra a tomar café o a chismear como decíamos, nuestra relación siguió siendo de lo más bonita durante todo ese tiempo y desde que limamos las asperezas en Huesca.

Mi prima consiguió un empleo de administrativa en una asesoría y era la alegría de la huerta, allí la querían mucho y ya le habían hecho fija.

En fin, a partir de ese momento, cada uno de nosotros encontró lo que ni en sueños andaba buscando y no era otra cosa que compartir juntos lo que se estaba forjando en aquel bonito lugar.

Quien nos iba a decir que un fin de semana accidentado en aquel hotelito de Huesca, iba a ser el principio de nuestras nuevas vidas. Aprendimos a ser más tolerantes los unos con los otros, a aceptar a los demás tal y como eran y a no tener prejuicios con nada. Allí vivimos los mejores momentos de nuestras vidas, porque aquel forzado y bendito encierro, nos hizo conocer lo mejor de todos, ser felices después de aquellos maravillosos días...